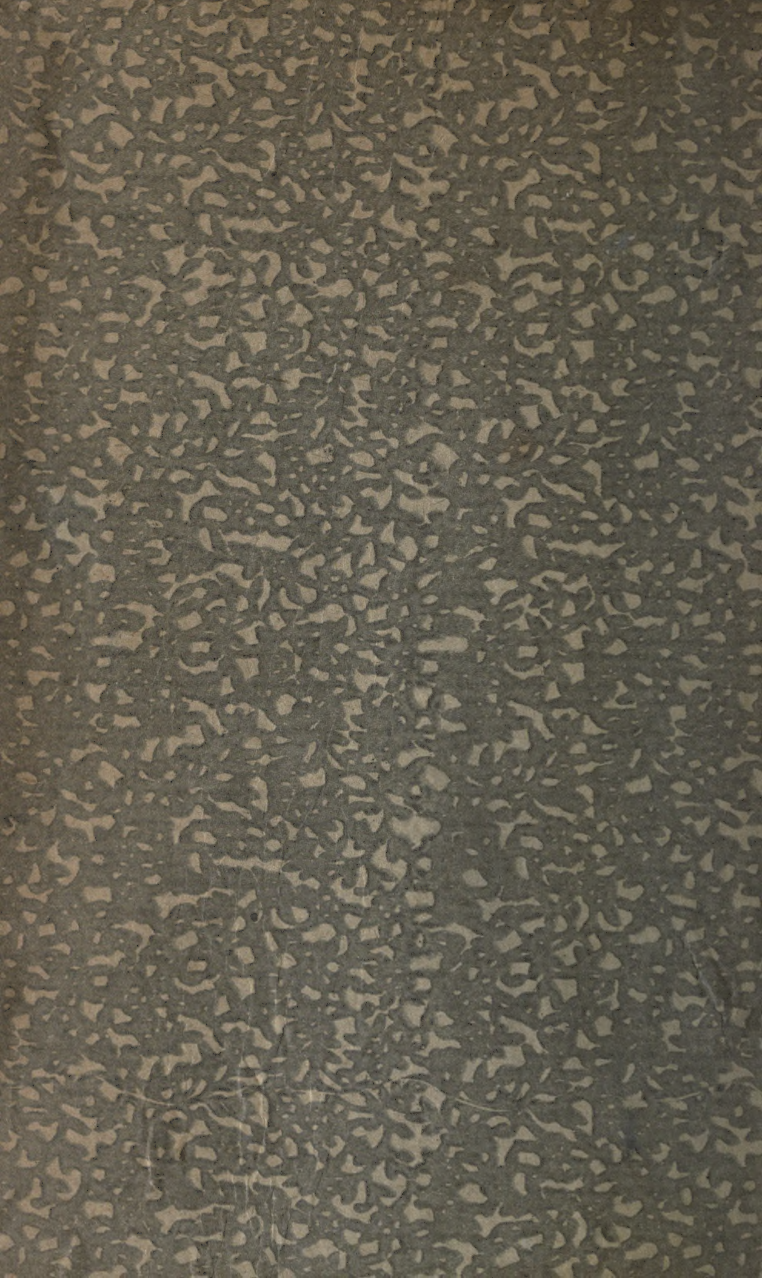
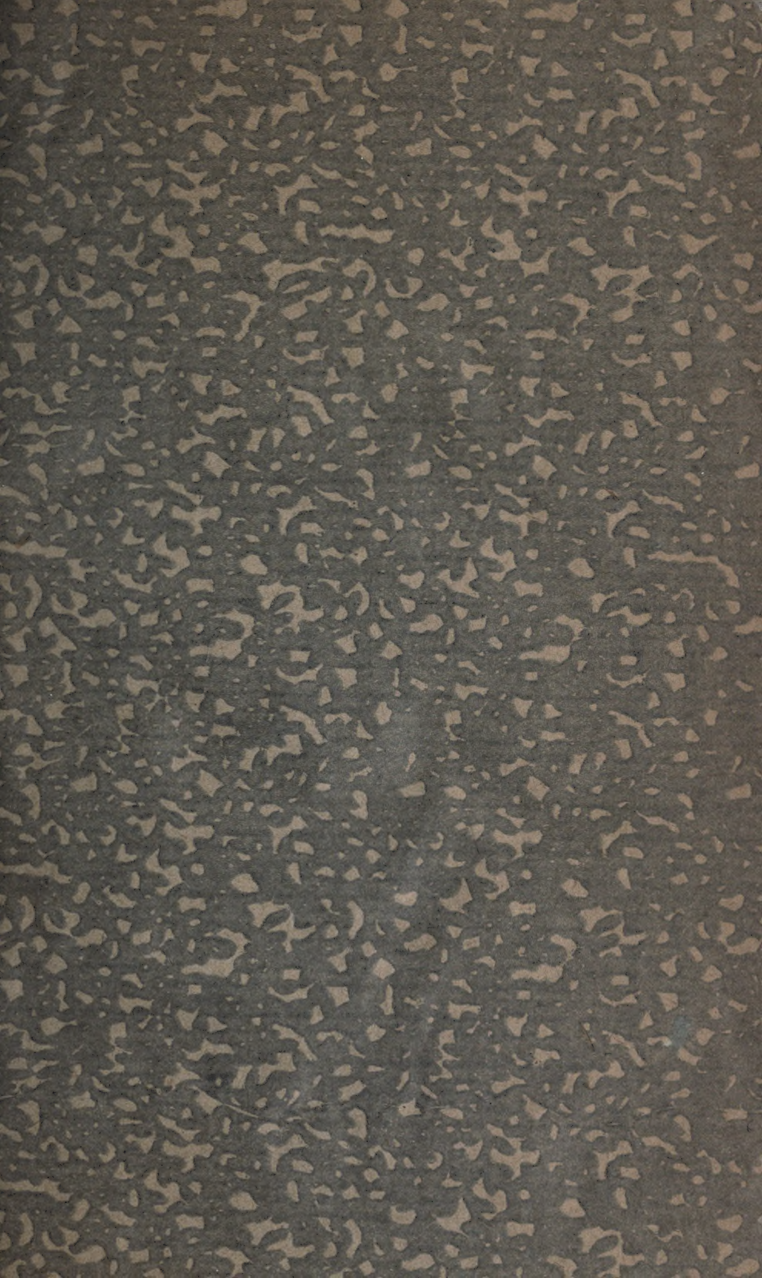






RUIDO DE FALDAS

LECTURAS PARA SEÑORITAS

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

RUIDO DE FALDAS

(ENTREMESES Y PASOS ESCOGIDOS, CON UN PRÓLOGO SOBRE EL FEMINISMO)

"ENCICLOPEDIA"
MADRID
HERMOSILLA, 32

MADRID.—Imprenta de Juan Pueyo.—Luna, 29.

EL TRABAJO DE LA MUJER

CONFERENCIA LEÍDA EN EL TEATRO DE ESLAVA, DE MADRID, EN FEBRERO DE 1917

Señoras y señores:

Un ilustre crítico, persona de espíritu sutil y observador sagaz de las costumbres literarias, decía, al comentar la interesante conferencia que en este mismo sitio dió noches atrás el admirable autor de *Canción de cuna*, que aunque pasa por axiomático que España es tierra de oradores, cuando llegan estas ocasiones, las gentes de letras solemos echar mano de las cuartillas. Y es verdad. Y tal vez una de las razones de este fenómeno es la que apunta con su habitual perspicacia el aludido crítico. Tememos, sin duda, no expresar nuestro pensamiento, confiando la expresión a la palabra hablada, con la exactitud y los matices de que nos creemos más seguros empleando la palabra escrita, siquiera sea porque nuestro hábito es el de escribir y no el de hablar.

Sin embargo, los autores dramáticos parece que deberíamos aprovechar la coyuntura para hablar por nosotros mismos, ya que nos pasamos la vida haciendo hablar a tantas gentes de distintas calañas. ¿No es cierto? Pues no, señor;

hemos de escribir también lo que se nos ocurra, aunque, como ahora, no hagamos sino improvisar.

En nuestro caso particular, no obstante, se explica de una manera lógica que sustituyamos la lengua por la pluma. Somos dos a dirigiros la palabra. ¿Habíamos de hablar los dos a un tiempo? Sería una algarabía; sería hasta una falta de educación. ¿Había de hablar uno primero y permanecer el otro callado, como en misa, hasta que le llegara su vez? ¡Nunca! Ibamos a parecer personajes de una de estas comedias llamadas de ideas o de tesis, y ¡antes moros! Lo que no quieras para tus personajes, no lo quieras nunca para ti. Esto está en nuestro refranero del autor dramático.

Renunciamos, pues, a las indiscutibles ventajas del orador sobre el escritor en ocasiones como la presente, y nos encomendamos a vuestra inagotable benevolencia.

El origen de estas veladas parece como que impone o aconseja el tema que en ellas haya de tratarse; el cual, por cierto, es muy de nuestro agrado, es fecundo y rico sobremanera, y brinda con muy singulares y sugestivos puntos de examen y de vista. ¡El trabajo de la mujer! ¡La mujer!... Nosotros, acostumbrados por nuestra profesión de dramaturgos a concretar, a sintetizar, a expresar mucho en poco, así como pretendemos, verbigracia, pintar a un hombre o a una

mujer con un solo rasgo característico, gustamos también de pensar y de repensar hasta ver si damos con la frase, clara y y precisa, que condense en pocas palabras el resultado de un minucioso y detenido análisis. Y por lo que toca al trabajo de la mujer, creemos haberla hallado. Es ésta: el mayor trabajo de la mujer es aguantar al hombre.

Antes de pasar adelante, vaya una advertencia. Al empezar la vida, teníamos por igual una buena idea de hombres y mujeres. Andando el tiempo, pródigo en venturas y desventuras para nosotros, hemos rectificado la idea primitiva, y hoy es alto y grande nuestro concepto de la mujer, y muy mediano el que nos merecen los hombres, dicho sea con perdón.

Mientras la mujer ha ido a nuestros ojos adquiriendo gracia, valer y encanto, el hombre cada vez se nos aparece menos interesante y más pequeño y egoísta. Hemos conocido infinidad de mujeres cuya vida es toda resignación y sacrificio. Cuando hemos encontrado por casualidad un hombre siquiera bueno y generoso, nos ha parecido estar en otro mundo.

Es claro que aquí encaja que ni de molde aquello de que cada uno habla de la feria según le va en ella. Pero a nosotros, aunque siempre oímos y respetamos a quien tiene opinión contraria a la nuestra (virtud, en verdad, poco española), en este punto de la mujer será muy difícil

que nadie nos convenza de que estamos en un error; porque al que nos viniera con el ejemplo de su propio hogar, y nos dijese poco más o menos: «Amigos míos, dense ustedes una vueltecita por mi casa, y verán canela, y modificarán su fina opinión acerca del sexo contrario. Mi mujer es una calamidad: no está nunca en su sitio; casi todos los días me quema el puchero; a los chicos necesito lavarlos yo; gasta lo que no gano; bebe, fuma, juega, habla como un carromatero...» A ese infeliz, a ese desventurado, le contestaríamos sin vacilar: «¿Y qué culpa tenemos nosotros de que se haya usted casado con un hombre?»

Nuestra experiencia del teatro ha venido en apoyo de la de la vida en general. En uno estamos. ¿Creeréis que en los teatros la mayor parte de los contratiempos, de las anomalías, de los zipizapes y zaragatas provienen del capricho o de la condición de las actrices? Nada más lejos de la verdad. Son ellos, los actores o los autores, los hombres, los que casi siempre lo enredan todo. Ellas suelen ser dóciles, inteligentes, aplicadas, buenas, cumplidoras de su deber. Muchas veces habréis leído o habréis notado por propia observación que un actor, por ejemplo, no sabe palabra del papel que se le ha encomendado en una obra. Pocas veces habréis observado o leído eso mismo de ninguna actriz. El *camelo*, eso que se conoce por *camelo* en la jerga de bastidores

y que viene a ser como decir «aristocrucia» por «aristocracia», «sardana» por «sardina», etc., cuando no un ininteligible balbuceo, es casi siempre privativo del sexo fuerte, menos dueño de su lengua, por lo visto, que el otro. Hay contadas actrices que se distingan por sus *camelos*. En cambio, actores los hay muy famosos, y sus anécdotas se refieren de padres a hijos y van formando una tradición.

Finalmente, ¿pensaréis que la vanidad de las actrices, por tratarse de una cualidad esencialmente femenina, es superior a la de los actores y autores? ¡Jamás! El autor o el actor vanidoso lo es más que cien mujeres juntas.

No somos partidarios del feminismo. Lo consideramos hasta contrario a la naturaleza. El empleo de la mujer en la vida lo ha legislado Dios, haciéndola diferente del hombre, a quien se la dió por compañera. He aquí la palabra: compañera. He aquí la misión de la mujer respecto del hombre: acompañarlo. Emerson ha dicho que es como piedra de toque de una cabal civilización la influencia de las mujeres de bien. ¡Verdad profunda! Pero ¿cómo ha de realizarse esa influencia? ¿De qué modo, por cuáles medios la compañera del hombre ha de colaborar con él? ¿En qué forma se ha de manifestar su acción bienhechora? ¿En qué debe consistir su actividad, su esfuerzo, su trabajo? No seremos nosotros, faltos de toda seria preparación para ello,

quienes se metan a puntualizar, respondiendo a tan graves preguntas, y menos en este momento preciso. La ocasión y el lugar sólo nos permiten tocar de pasada esta compleja e interesantísima materia.

Sí diremos que la mujer, en nuestro sentir, siempre ha de mantenerse en la preciosa esfera de su condición femenina, cuyos horizontes son infinitos y cuyos recursos son inagotables. Creedlo, mujeres: desde vuestro centro, que es el trono del mundo, no hay empeño que no ayudéis a conseguir, ni luz que no sepáis encender, ni lágrimas que no logréis enjugar, ni heridas abiertas en nuestras carnes para las que no tengáis bálsamo y medicina.

Uno de nuestros grandes hombres españoles, de los grandes de veras—este adjetivo, como todos, ha llegado a ser aquí moneda falsa—, Ramón y Cajal, en un estudio acerca del «Investigador y la familia», dedica palabras de entusiasmo y fervor a ciertas admirables parejas de hombre y mujer que conoció en el extranjero, y que funden su amor en una misma llama, su pensamiento en un mismo ideal y su trabajo en una común labor científica. ¡Divina y santa vida es esa! Pero caso raro y excepcional, que no puede nunca fundar ley para todos. Y en España, menos. Y en España estamos, a Dios gracias. Perdonen aquellos a quienes, hoy por hoy, parece que les importa más la patria ajena que la pro-

pia. (*Al oir estas palabras, S. M. el Rey asintió diciendo:—Es verdad. Muy bien.*) Y pensando en España, aconseja el insigne aragonés al sabio en cierne a quien le busca compañera, que se lleve a su casa una mujer modesta y sencilla, juiciosa, serena, humilde; capaz de comprenderlo y alentarlo en su obra; capaz de hacerle grato y apacible el hogar, y capaz de sentir con él la alegría del triunfo; que cuando éste llegue—dice el maestro—, la gloria será para los dos, y una misma aureola iluminará dos frentes gemelas. El sabio trabajó como hombre, y la mujer del sabio lo acompañó como mujer.

Porque sin necesidad de haber meditado mucho sobre esta cuestión, ni de haberla estudiado hondamente, basta un poco de equilibrio sentimental y físico para llegar a una rápida conclusión, que se puede expresar en una de aquellas frases compendiosas de que al principio hablamos. A saber: ¡Dios nos libre de que la mujer parezca nunca un hombre! Nos opondremos siempre con todas nuestras fuerzas, aunque nos cueste la estimación de algunos amigos, a que la mujer intervenga en oficios, ejercicios y maleficios que fueron siempre y serán de por vida inherentes al varón y propios de él. ¡A qué absurdos nos conduciría toda otra cosa! ¡Qué espanto llegar a nuestra casita, soñando con la mujer amada, y encontrarnos en lugar de ella a un tierno concejal! ¡Por tierno que fuese!

—¿Cómo está el nene, vida mía?—le preguntaríamos.

—No lo sé, corazón—nos contestaría—. No he tenido cabeza para ocuparme de él... ¡Me trae sin sueño el asfalto de la carrera de San Jerónimo!

¡Imposible! Se ponen los pelos de punta.

La mujer es y será toda la vida diferente del hombre, a Dios gracias; nada de *superior* ni de *inferior*, sino otra cosa; y no porque ese sea nuestro capricho ni nuestro ideal femenino, sino porque, desde el Génesis, es así.

La acción de la hembra en el mundo ha de ser siempre muy distinta de la del varón; ha de estar conforme con su condición de mujer, con su naturaleza fisiológica y psicológica, so pena de exponerla, de lo contrario, a todas las deformaciones morales en que dan los hombres en la dura y cruenta lucha de las pasiones que trae consigo el afanoso vivir.

Hablando doña Concepción Arenal (esa egregia escritora, cuya opinión en estas materias tiene un valor extraordinario, por lo mismo que fué tan ardiente y apasionada defensora de todos los derechos de su sexo), hablando de la mujer que desempeñase en lo porvenir la función de letrado, dice que jamás le daría el cargo de juez, y no porque no esperase mucho de su rectitud y de su firmeza, sino por no provocar una lucha continua entre su deber y su corazón, y porque

su nombre no estuviese nunca al pie de una sentencia aflictiva. «Su mano—la de la mujer, agrega—ha de enjugar lágrimas, no ha de hacerlas asomar ni aun a los ojos del criminal; no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles.»

Y luego, discurriendo acerca de la mujer política, principal obsesión de algunos feministas exaltados, dice estas admirables palabras, que hacemos nuestras, porque sustancialmente convienen con cuanto nosotros, sin ninguna autoridad en el asunto, y refiriéndonos a la acción de las mujeres en general, exponemos:

«Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante, y si la mujer toma parte activa en ella podrá verse envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado, el hogar que custodia la mujer; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.

Y la mujer, ser inteligente, ¿no ha de tener opinión ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer a una escuela, puede tener opinión o influir en la de los otros por muchos medios eficaces, pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. ¿Le necesita, por ventura, para contribuir poderosamen-

te al triunfo de sus ideas? De ningún modo. Cuando sea ilustrada, influirá en la política, *aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.*

Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, y aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.»

En cuanto a los trabajos en que hoy se emplean muchas mujeres en las naciones que se llaman cultas, y aun en la propia España—a veces más culta que ninguna de las demás, porque es más humanitaria y más piadosa—, convengamos en que puedan ser y sean un refugio, un amparo contra la orfandad o el abandono, o una defensa contra el hambre o el vicio; pero no un sueño de civilización. Hombres y mujeres, aunque muy despacio, ¡ay, muy despacio!, caminamos o nos parece caminar hacia una perfección todavía remota, lejana... Pero si llega un día en que el espíritu de la humanidad se purifica en su grado extremo y presta entonces a sus acciones todo el aliento que tiene de Dios, en ese día, en esa civilización ideal, no trabajarán las mujeres. Porque a nosotros nos estremece y nos angustia verlas, verbigracia, en los campos de Andalucía o de Galicia vareando olivos, escardando la tierra o con cargas de bestia sobre sus hombros

bellos; pero, la verdad, no se nos antoja en rigor mucho más *progresivo*, venga de donde venga, ese encerrar a las mujeres, como tristes esclavas, en oficinas antipáticas y odiosas, sin el calor ni la atmósfera de cordialidad de algunos talleres, y en las cuales se ajan, se marchitan, se extenúan y son miserablemente explotadas.

¿Necesidad? De acuerdo. ¿Misión suya en la tierra? Nunca.

Y no se nos responda, empleando el argumento que la trágica actualidad ofrece, con lo que en estas negras horas de barbarie pasa en el mundo civilizado.

Ya sabemos, ya, que por falta de hombres, miles de madres se emplean ahora en fabricar balas y más balas para matar a millones de hijos de otras madres. Pero han tenido que faltar los hombres para eso; ha tenido que llegar la Humanidad a un inconcebible límite de locura, a una espantosa borrachera de sangre que le ha oscurecido la razón, y que será en lo porvenir su ignominia y su remordimiento. Lucha fratricida, desesperada, colosal, grande sin grandeza en sus móviles íntimos, dejará tras de sí un rastro imborrable de odio; pero difícilmente engendrará ninguna ley que nos hable de ternura y de amor. Algunas naciones principian a preocuparse actualmente de la necesidad de su repoblación, ante la interminable matanza. Innumerables madres anhelan ahora con mayor ilusión que nunca

tener muchos hijos. ¿No es gravemente trágico que ese deseo de maternidad, que debiera ser santo, renazca al estímulo del espantoso espectáculo de esta guerra? ¿No estremece pensar que en el tibio aire que envuelve las cunas tiemblen cantos de exterminio y de sangre? En nuestra brava España, y en memorables ocasiones, también nuestras mujeres, poniendo a prueba su heroísmo, se han batido defendiendo a su patria. ¿Querrá esto significar jamás que las mujeres españolas hayan nacido para batirse? Ni pensarlo siquiera. En todo caso, para que los españoles nos batamos por ellas. ¿Verdad?

«Confórmate, mujer...»—ha dicho un poeta americano...

> Confórmate, mujer: hemos venido
> a este valle de lágrimas que abate,
> tú, como la paloma, para el nido,
> y yo, como el león, para el combate.

¡Los poetas! ¡La poesía!... ¿No es casi la negación de la poesía de la mujer el feminismo? Y aun sin llegar a una aseveración tan absoluta, puesto que

> mientras exista una mujer hermosa,
> habrá poesía,

es posible que al masculinizarse la mujer, al confundirse un poco con el hombre en su acción y tráfico en el mundo, origine otras nuevas fuen-

tes de poesía; acaso los poetas acierten a crear a su contemplación figuras hermosas llenas de original hechizo; pero ¿no es cierto que siempre serán menos dulces, menos delicadas, menos conmovedoras, menos ideales, menos femeninas últimamente, y claro está que, por lo mismo, menos bellas para nosotros, que aquellas que hicieron llorar a Musset y soñar a Bécquer?

¿No es cierto también que siempre nos parecerán a los hombres más atractivas, más humanas, más conformes a su divino origen y a su sagrado destino en la tierra aquellas otras hermosas con suprema hermosura, santas sin altar, hermanas de las que cantaron el tierno y sencillo Gabriel y Galán, y Maragall el grande, el noble el efusivo?

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta,

exclama el poeta castellano. Y el catalán, exaltador perenne de la familia, le dice a la esposa:

¿Qué es lo que hay en tu fecundo seno
que llena tu semblante de luz viva?
Los días del gran misterio están contados.
Dame, ¡oh mujer!, el hijo de mi vida.

Y perdónesenos la libertad de la traducción.

En cambio, y volviendo a la mujer que dice que quieren que sea la del porvenir, suponga-

mos que a una doctora en Medicina y Cirugía le dice un poeta:

¡Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

Pues es claro como la luz que se expone a que ella le conteste, bien que con palabras de otro poeta:

Sé que el rubor que enciende las facciones
sólo es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del saco lacrimal;
que la virtud que al bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción.

Y en vez de un diálogo amoroso, apasionado, en que hablasen suspiros y lágrimas, se trabaría entre los amantes una discusión de Ateneo, ¡y adiós poesía!... ¡Adiós, al menos, la poesía del amor!

¿De modo—nos preguntará probablemente alguna amiga feminista, cuyos pies besamos— que, según eso, ustedes creen que la mujer no debe ilustrarse, no debe estudiar, no debe ser culta, ni debe, en un momento dado, poder emanciparse del hombre?

Vengamos, primero que a nada, a este chis-

toso toque de la emancipación, afirmando que una mujer sin hombre es golondrina que no hace verano, y que nunca se legisló para las excepciones, como hemos dicho antes. No hay que darle vueltas: no hay emancipación que valga; hemos nacido mujeres y hombres para caminar juntos, aun cuando parezcamos más separados. Y respecto de esos deseos de emancipación que sienten algunas, esas que tachan al hombre de su tirano o su enemigo, ¡qué poco eco encontrarán eternamente entre la mayoría! No hay tan seguro saber como el del pueblo, y el pueblo lo ha dicho en una copla:

> El demonio son los hombres,
> según dicen las mujeres,
> y por eso quieren ellas
> que el demonio se las lleve.

Cosa muy distinta es lo que atañe a la cultura e ilustración de la mujer. Desde el momento en que creemos que ha de ser compañera del hombre, ¿cómo podrá serlo de un hombre de estudio, verbigracia, la que no sepa el a b c? ¿Cómo podrá colaborar con él ni prestarle aliento en el camino, si no lo entiende? En ese caso, como en cien otros, la mujer es natural que necesite ser ilustrada; que deba serlo... Lo que no debe nunca es querer suplantar a su compañero. Entendámonos: no es conveniente, o por lo menos es un tantico peligroso, que la mujer *sepa* más

que el marido. Bien está que estudie, que se instruya... que lea... pero bien está también que se cuide los ojos, con cuya belleza atrajo al hombre.

En otros términos, y apelando a una imagen: un roble y un rosal no deberán nunca cultivarse de la misma manera, ni nunca podrán confundirse ni parecerse.

Y si la mujer estudia y piensa, ¿por qué razón no ha de intervenir directamente en los afanes de los hombres, en sus luchas, en la formación de las leyes que han de regir la sociedad, en la dirección de los destinos de su patria? Pero ¿en serio cree quien esto pregunte que no le basta a la mujer con la intervención indirecta y constante que tiene en todo movimiento del hombre, como ya se apunta en las palabras transcritas de doña Concepción Arenal? Pues está en el caso de los tenorios que, figurándose que conquistan a la mujer, son generalmente conquistados por ella. Esto es tan viejo como el aire. No da el hombre un paso que, de un modo consciente o inconsciente por su parte, no obedezca a un impulso de la mujer. La mujer gobierna; la mujer manda. Lo eterno femenino... es eterno. En castigo de esta disimulada tiranía, tiene el trabajo de aguantarnos a que nos referimos al comenzar. Pero dirigiéndonos a su antojo casi siempre, se venga ella de nuestras traiciones, de nuestro egoísmo, de nuestra liviandad...

¡Oh! El tema es muy complejo y se presta a distingos y consideraciones que no tenemos tiempo de hacer ahora. La conclusión es que, desde su sitio de mujer, sin necesidad de convertirse en varón para nada, ni de entrometerse en funciones impropias de ella, influye cuanto quiere en la marcha del mundo... Para ello cuenta con todas las armas, y todas las emplea oportunamente: desde la amenaza hasta la súplica; desde la insinuación hasta la exigencia; desde la cólera hasta el llanto; desde la coquetería hasta la burla; desde el desdén hasta el amor, y desde el puñal hasta el beso... Armas muchas veces también invisibles y ocultas, que aun a ciegas y en sombras saben buscar nuestro corazón...

Vais a ver ahora, después de oir estas deshilvanadas palabras, una comedia nuestra, en que todas las mujeres de un pueblo se empeñan en una cosa y la consiguen... «Quien ha visto un pueblo ha visto un reino.» Y lo que quiere la mujer lo quiere Dios, según la bella frase de un gran filósofo francés.

Terminaremos recordando aquí una quintilla que en cierta fiesta le dedicamos a una gentil actriz, famosa por la sutileza y ductilidad con que interpreta los tipos femeninos más opuestos, ponderándole su arte y su persona:

Mujer antes de nacer;
creadora de mil mujeres;
mujer en todo tu ser...

¡Siempre mujer! ¿Qué más quieres
para tú elogio, mujer?

Lo que significa que si llega un día desgraciado en que las mujeres de la tierra parezcan hombres, nosotros emigraremos a otro planeta. ¡A Venus, a Marte, al que nos coja más a la mano; pero emigraremos a otro planeta! Con las mujeres de este bajo mundo que nos quieran acompañar, y para las cuales, en este y en todos, eso sí, anhelaremos y pediremos siempre cuantas leyes las amparen, las defiendan y las enaltezcan.

—

Amable y bondadosamente se ha calificado este trabajo de conferencia en los anuncios publicados de él. Ya habéis visto que sólo se trata de unas ligeras observaciones escritas sin orden ni plan alguno. Vuestra indulgencia sabrá salvar el espacio que media entre lo que esperabais y lo que os hemos ofrecido.

—

Y permitidnos, mujeres españolas, antes de poner punto final, que os demos un consejo.

Es imposible sustraerse al deseo de dároslo, ya que hablamos por vosotras y para vosotras, en estos instantes de peligro, de angustia y de zozobra en que pone a España la universal hecatombe.

¿Cuál debe ser en estos instantes vuestra mi-

sión, vuestra conducta, vuestra obra? ¿Cuáles vuestras palabras? O, preguntándolo de otro modo: ¿A qué mujeres españolas os debéis parecer en estas circunstancias, no parecidas a ningunas? Muchas hay que os sirvan de ejemplo o de lección: desde Isabel de Castilla, que ensanchó el mundo, hasta Teresa de Jesús, que agrandó el cielo.

Pero nosotros nos atrevemos a aconsejaros que, más modestas en vuestra elección, imitéis a dos buenas mujeres, altamente españolas, avispadas, humildes y llenas de sentido común. Nos referimos a la sobrina y al ama de Don Quijote. Y si por dicha tenéis en vuestra casa un caballero andante, que sí lo tendréis, decidle, poco más o menos, así:

«—No acaricie vuesa merced con los ojos, señor y amo nuestro, la lanza y la espada de sus pasadas desventuras, que parece que el alma se le va tras ellas como si le acometiera el afán de empuñarlas de nuevo; mire que aun tiene el cuerpo lleno de cicatrices y de bizmas. Recuerde vuesa merced lo que le ocurrió cuando, engañado por unos y otros, y por las voces de su corazón, siempre alerta, y por sus libros embusteros, fuése a defender aquellas ínsulas famosas, tan suyas como su propia sangre, porque fueron ganadas por su genio y por su fuerte brazo.

Recuerde que los caballeros andantes que ahora pelean vieron tranquilos la desigual con-

tienda con el enemigo gigantesco, y, cruzados de brazos, se mofaron de vuesa merced. Y los unos dicen que tienen armas poderosas y que por su derecho batallan, y los otros cuentan que combaten por la libertad y por la justicia. Pero no hubo entonces mano de ninguno que buscase una lanza para defender a vuesa merced, ni voz que se alzase, como se alzó la de vuesa merced tantas veces, gritando: «¡Alto! ¡Ténganse todos, si todos quieren quedar con vida!»

Presenciaron el inicuo despojo de un caballero andante de tan noble fama como vuesa merced, y vieron repartirse el botín, y luegó se volvieron de espaldas.

Recuerde, señor, esto que le decimos: no se meta en nuevas aventuras, mire un poco por sí, repare prudentemente sus fuerzas cansadas y hágase pastor y cuide de su majada, de su rebaño y de sus tierras.»

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

ARACELI. JACINTO.
EDUARDO. FERMÍN.

HERIDA DE MUERTE

Salita elegante y coquetona en que el joven doctor Jacinto Cañales recibe, en su casa de Madrid, a lo más granado de su clientela femenina. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Es de noche. Luces.

JACINTO, vestido de frac, pasea fumando. Por la puerta del foro llega de la calle EDUARDO, su hermano, también de frac.

EDUARDO

¡Mediquillo!

JACINTO

¡Hola, abogadete! Dios te guarde. ¿Tú por esta casa?

EDUARDO

¿Y María?

JACINTO

Allá dentro, esperándome.

EDUARDO

¿Vais al teatro, por supuesto?

JACINTO

Sí; a la Princesa.

EDUARDO

Yo, también.

JACINTO

Ah; ¿entonces vienes para que nos vayamos juntos?

EDUARDO

No; vengo a otra cosa: vengo contra ti.

JACINTO

Pues de milagro me pescas. Ya debía estar en el teatro...

EDUARDO

¡Hombre, por Dios! ¿Tú, el médico más elegante de Madrid, incurres en la vulgaridad de ver el acto primero de las comedias? ¡Bah!

JACINTO

¿Qué quieres? Incurro en esa vulgaridad y en la de no levantarme de mi sitio hasta que baja el telón en el último acto.

EDUARDO

Pues no sé cómo tienes tanta y tan distinguida clientela. A mí el acto primero me lo explica siempre un acomodador, y el desenlace, el guardarropa.

JACINTO

Bien está. Bromas aparte, cuéntame qué es lo que te trae contra mí. O entra primero a ver a María, que dice que eres el número uno de los cuñados ariscos y descorteses. Nos llama Caín y Abel.

EDUARDO

¿Caín eres tú?

JACINTO

Por de contado.

EDUARDO

Pues oye, Caín. Ahora entraré a ver a tu costilla. Oye. ¿Tienes inconveniente en presentarme esta noche en el teatro a la Villa-Serena?

JACINTO

¿A la Villa-Serena? ¿A Beatriz? Ninguno. Pero ¿tú para qué quieres conocer a Beatriz?

EDUARDO

¡Oh! Comprende que no será para verle el escote, porque eso se ve perfectamente desde todos los puntos del teatro.

JACINTO

Entonces, ¿para qué?

EDUARDO

Para nada. Si a mí no me importa un bledo esa señora respetable...

JACINTO

¿Pues por qué me pides que te la presente?

EDUARDO

Porque a su palco van desde hace algunas noches unos ojos negros puestos en la cara más linda que sostiene el cuerpo más bello de la mujer más hermosa que hay en todo Madrid.

JACINTO

¡Anda con Dios! ¿Al palco de la Villa-Serena va todo eso?

EDUARDO

Justo: ¿De qué te ríes?

JACINTO

¿Cómo se llama esa mujer?

EDUARDO

Araceli Rivera.

JACINTO

Sorprendido.

¿Araceli Rivera?

EDUARDO

La misma. ¿Qué te choca?

JACINTO

¿Y tú quieres tratar a Araceli Rivera?

EDUARDO

Sí, hombre. ¿Qué inconveniente hay?

JACINTO

¿Cuál es tu intención?

EDUARDO

No lo sé todavía. Ni hay por qué analice mis sentimientos. Pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con ella y de decirle que ha nacido, como Venus, del mar entre la espuma.

JACINTO

¿Sabes, Eduardo, que no conozco un calavera de más suerte que tú?

EDUARDO

De más gusto querrás decir.

JACINTO

De más suerte, digo. ¿Por qué crees que me has encontrado en casa a estas horas?

EDUARDO

¡Qué sé yo!

JACINTO

Porque estoy esperando a la propia Araceli Rivera, que va a llegar de un momento a otro.

EDUARDO

¿Tú?

JACINTO

Yo.

EDUARDO

¿Que Araceli Rivera...?

JACINTO

Va a venir a mi casa de un momento a otro.

EDUARDO

¡Jacinto!

JACINTO

Mira.

Le muestra una carta.

EDUARDO

¿Es suya esa carta, Jacinto?

JACINTO

No.

EDUARDO

¿De quién es?

JACINTO

De la Villa-Serena, su amiga, cabalmente. Escucha. Lee. «Querido Jacintillo: Esta noche te voy a robar una hora de teatro. Dispénsame. Una amiga mía muy guapa—dicho sea esto en compensación de la penitencia que te impongo—desea consultarte. Me refiero a Araceli Rivera, que está herida de muerte, según ella cree, aunque por fortuna en esa creencia no la acompaña nadie. Ha visto a todos los médicos de Madrid, y casi del mundo, y ninguno ha acertado a curarla; pero todos coinciden en asegurarle que está como una rosa.»

EDUARDO

¡Y lo está! ¡Si no hay más que verla!

JACINTO

Calla. Sigue la lectura. «Los padres se oponen resueltamente a que vea a más médicos. Yo creo que hacen bien; pero como soy muy amiga tuya y a ella la quiero mucho...»

EDUARDO

¡Qué simpática es esa señora!

JACINTO

«... Y a ella la quiero mucho, te suplico que, con toda reserva, la oigas esta noche. Irá a tu casa antes de ir al teatro con la señora que al teatro la acompaña. Tú, que eres un hombre de ciencia y un hombre de mundo...»

Llega por la puerta del foro FERMÍN, el criado de Jacinto, con una tarjeta.

FERMÍN

Don Jacinto.

JACINTO

¿Qué hay, Fermín?

FERMÍN

Esta señorita.

JACINTO

Leyendo la tarjeta.

Ella es.

EDUARDO

¿Araceli?

JACINTO

Araceli.

EDUARDO

¿Que está ahí Araceli?

JACINTO

Sí, hombre; no te me vayas a desmayar.

EDUARDO

No, no me desmayo, pero... ¿A ti qué te parece que haga? ¿Me voy, me quedo, me meto debajo de la mesa?...

JACINTO

¡Qué loco eres! Verás lo que vamos a hacer. Vas a conocerla antes que yo.

EDUARDO

¿Cómo?

JACINTO

Mientras yo le cuento a María todo este lance

tuyo, tú recibes a esa señorita tan guapa. Le dices que yo salgo al instante, le das un rato de palique, le juras que ha nacido entre las espumas del mar, como Venus, y cuando yo aparezca, se cambian los papeles: me dejas aquí y tú te vas a charlar con María.

EDUARDO

Muy bien. Me parece muy bien. Es un plan admirable.

JACINTO

¿Ves cómo tienes más suerte que nadie en el mundo? Hazla pasar.

EDUARDO

Sí; ahora mismo. Vete tú.

JACINTO

Buena mano derecha.

Se va por la puerta de la izquierda.

EDUARDO

Fermín.

FERMÍN

Señorito Eduardo.

EDUARDO

¿Con quién viene esa señorita?

FERMÍN

Con una señora muy alta, con gafas verdes.

EDUARDO

Pues que éntre sola.

FERMÍN

¿La de las gafas verdes?

EDUARDO

No; la de los ojos negros.

FERMÍN

Está bien.

Vase por la puerta del foro. Eduardo espera emocionado la presencia de la hermosa Araceli, la cual justifica plenamente la emoción y la chifladura de Eduardo. Al aparecer se detiene anhelante en la misma puerta.

ARACELI

Doctor...

EDUARDO

Señorita... ¿Qué le sucede a usted?

ARACELI

No... nada... Perdóneme usted... Es una impresión la que me produce entrar aquí...

EDUARDO

¿Por qué, señorita? Cálmese... Pase usted... Siéntese donde quiera...

ARACELI

Obedeciéndolo maquinalmente.

Mil gracias...

EDUARDO

¿Está usted cómoda en esa silla? Aquí estará mejor.

ARACELI

Mil gracias... mil gracias.

EDUARDO

Pero cálmese; procure calmarse...

ARACELI

No puedo... no puedo... Le suplico a usted que me perdone. Soy ridícula, ya lo sé; pero no puedo, no puedo calmarme en un rato. ¡Si usted supiera el esfuerzo que me ha costado subir hasta aquí!

EDUARDO

¿No ha subido usted en el ascensor?

ARACELI

Sí. Pero ¿y el esfuerzo que me ha costado entrar en él?

EDUARDO

¿Le dan a usted miedo los ascensores?

ARACELI

No, señor: me dan miedo los médicos. Es decir, los médicos y los ascensores y todo. Esta es a verdad. Todo me estremece, todo me aterra, todo me sobresalta... ¡Ay, doctor!

EDUARDO

Encantado.

¡Ay, doctor!

ARACELI

¿Va usted a hacerme burla?

EDUARDO

¡Qué disparate! Es que ya que la veo más tranquila, debo advertirle a usted...

ARACELI

Con susto.

¿Qué?

EDUARDO

Nada, nada de particular... no se altere de nuevo.

ARACELI

Pero ¿qué tiene usted que advertirme?

EDUARDO

Que, en esta ocasión, el miedo de usted a los médicos no está justificado todavía.

ARACELI

Por Dios... ni todavía ni nunca. Usted se ha molestado con mis palabras.

EDUARDO

¿Yo? ¡Yo, no! Esté usted segura, señorita.

ARACELI

Soy tonta, inconsciente... Digo sin pensar cuanto se me ocurre. Perdóneme usted una vez más. Los médicos me espantan, pero también me atraen. Ellos tienen el secreto de la vida... y ¡yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, doctor, quiero vivir!

EDUARDO

Le alabo a usted el gusto, señorita; y me permito darle la enhorabuena.

ARACELI

¿Por qué?

EDUARDO

Porque durante muchos años va usted a conseguir sin violencia alguna lo que quiere.

ARACELI

¿Sí?

EDUARDO

¿Cómo no? ¿Hay más que verle a usted la cara?

ARACELI

¿Qué tengo en la cara?

EDUARDO

¡Los ojos más hermosos que existen!

ARACELI

Deje usted las galanterías.

EDUARDO

Pues cierre usted los ojos.

ARACELI

Halagada.

Je.

EDUARDO

La cara, Araceli, es el espejo del alma, según muchos. Para mí es el espejo del cuerpo. Si en el cuerpo hay fuerza y salud, a la cara asoman. Y no obstante la palidez momentánea de su impresión primera al entrar aquí, la cara de usted canta salud.

ARACELI

¡La de todos! ¡Lo mismo que todos! ¡Todos me dicen eso!

EDUARDO

¡Naturalmente, señorita! ¡Si es usted un clavel de Mayo!

ARACELI

No, doctor; no, doctor... Doctor, no; no me engañe usted... No, doctor; doctor, no; doctor, no...

EDUARDO

Doctor, no; doctor, no; estamos de acuerdo. Eso es lo que iba a advertirle a usted, precisamente.

ARACELI

¿Qué?

EDUARDO

Que no está usted ante el doctor Cañales.

ARACELI

Ya, ya lo sé; ya vengo prevenida. Ya me lo ha dicho Beatriz... Para mí no será usted el doctor; será usted el amigo... el amigo benévolo, condescendiente... *Estrechándole una mano, cuyo aroma huele luego Eduardo en la suya, al descuido.* Muchas gracias.

EDUARDO

No es eso, señorita...

ARACELI

Sí es eso; si me lo ha dicho Beatriz: que es usted muy bueno, muy amable... muy artista... De pronto, alarmadísima· ¿Qué ha notado usted en mí que se huele la mano?

EDUARDO

Nada, señorita... Que la mano y usted... huelen sencillamente a gloria.

ARACELI

Je.

EDUARDO

Pero, a lo que iba, porque mi conciencia no me permite.... Al entrar usted por esa puerta, el doctor Cañales se fué por esa otra.

ARACELI

Entendido, entendido... No me dé usted más explicaciones. Ya me lo ha dicho Beatriz: será usted mi consejero, mi amigo, mi confesor... Todo, menos el médico.

EDUARDO

Muy bien. Todo, menos el médico. Muy bien.

Ya no tengo inconveniente alguno en escucharla sin más explicaciones.

Toca un timbre que estremece a Araceli.

ARACELI

¡Ay!

EDUARDO

¿Qué ha sido?

ARACELI

El timbre: ¿ve usted? Temblando, temblando por el timbre. Le da la mano. Mire usted, mire usted...

EDUARDO

Ya, ya... ¡Qué nervios!

ARACELI

¡No se huela usted la mano, por Dios, que me voy a morir del susto!

EDUARDO

Je.

Se presenta FERMÍN en la puerta del foro.

FERMÍN

¿Llamaba el señorito?

EDUARDO

Sí.

FERMÍN

¿Qué desea?

EDUARDO

Que no estoy para nadie.

FERMÍN

Bien.

EDUARDO

Venga quien viniere, ¿lo oyes?

FERMÍN

Sí, señor.

Vase.

EDUARDO

No estoy para nadie: es lo mejor. ¿Le molesta a usted esa puerta abierta?

La de la izquierda.

ARACELI

A mí, no.

EDUARDO

A mí, sí.

La cierra.

ARACELI

Suspirando.

¡Ay!

EDUARDO

Ea, y ahora vamos a ver de qué mal va usted a morirse.

Se le sienta al lado.

ARACELI

No lo eche usted a broma, si ha de inspirarme confianza, doctor.

EDUARDO

Doctor, no.

ARACELI

Pues bien, amigo mío: no se ría de mi mal, que esa risa de los demás es mi mayor tortura. ¡Yo me muero, y mi padre se ríe!

EDUARDO

Eso no puede ser.

ARACELI

¡Pues se ríe! Y mi madre se ríe también... ¡y yo me muero! Y mis amigas se ríen... ¡y yo me muero! ¡Y, la verdad, no creo que tenga ninguna gracia que yo me muera!

EDUARDO

Lo que tiene gracia es que usted crea que va a morirse. Por eso se ríen todos.

ARACELI

Es que ellos no están dentro de mí. ¡Y yo estoy muy mala por dentro!

EDUARDO

Por dentro, es posible; por fuera, no puede usted estar mejor.

ARACELI

No lo eche usted a broma.

EDUARDO

De ninguna manera. ¿Qué es lo que siente usted por dentro?

ARACELI

¡El purgatorio y el infierno juntos! Oígame usted atentamente. Algo de lo que siento, sólo algo, podré explicarle a usted; mucho de lo que siento no, porque no daría con las palabras. ¡Ay, amigo mío! Siento unas angustias, y unos pavores, y unos anhelos, y unas tristezas, y unos sobresaltos, y unas congojas, que no sé cómo vivo. Tengo constantemente un ansia de no sé qué... de no sé qué... que me hace suspirar y llorar por los rincones como una chiquilla. A veces el aire me parece que está lleno de enemigos invisibles que me persiguen y me quieren matar, y huyo de ellos desatentada. ¡Huir del aire! ¿No ve usted que esto es estar loca? Ni dormida ni despierta

es mía mi voluntad. Las lágrimas siempre están a flor de mis ojos, y del llanto salto sin pensar a una risa sin alegría que a mí misma me aterra. Ni el sol tiene luz para mí, ni la vida atractivo ni encanto alguno. ¿Y mis caprichos? Mis caprichos son desatinados; son locos. Cruza volando un pájaro, y deseo con tal ansia que sea mío, que siento que la vida entera se me va tras él. Y si en aquel instante viniera a mis manos, seguramente, sin estimarlo en nada, yo volvería a echarlo a volar. ¡Y así vivo... mejor dicho, así muero, en medio de las risas de cuantos me rodean... y todos viven y se ríen, y sólo yo me muero llorando!

EDUARDO

No, no; no hay por qué llorar, Araceli; no hay por qué llorar. Serénese usted, que no hay por qué llorar. ¿Quiere usted un poco de agua?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De azahar?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De tila?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De jerez?

ARACELI

Bueno. Pero, no: tampoco. No necesito tomar nada absolutamente. Lo que necesito es oirlo a usted. Ya estoy más sosegada.

EDUARDO

¿Que necesita usted oirme, dice?

ARACELI

Sí, señor: necesito oirlo. Pronto, pronto.

EDUARDO

Bueno; pues me va usted a oir. Usted, Araceli... Usted, hermosísima Araceli...

ARACELI

Sin flores.

EDUARDO

Hemos quedado en que me va usted a oir. Ahora hablo yo, y yo curo a mis enfermas con flores. Usted, divina, encantadora Araceli, tiene, en efecto, todos esos males que a mí me ha dicho.

ARACELI

¡No me asuste usted!

EDUARDO

Usted, si no quiere, no tendrá nada de cuanto me ha dicho.

ARACELI

¡No me engañe usted!

EDUARDO

Porque yo le aseguro que todos esos temores, todas esas congojas, todas esas locuras sin fundamento, van a durar lo que las pompas de jabón en el aire.

ARACELI

Por amor de Dios, no me mande usted paseos, ni viajes, ni que me distraiga y tome yemas en jerez a cada momento, porque eso es lo que me mandan todos y lo que ya estoy decidida a no hacer. *A un movimiento de Eduardo.* Ni a escuchar siquiera. Me tiene muy harta ya la tal sinfonía. ¡Que me distraiga! ¡Qué más quisiera yo que poder distraerme! ¡Lo que yo daría por un libro capaz de sacarme de mí aunque sólo fuese algunas horas!... ¡Lo que yo daría por una ilusión que alumbrara mi espíritu siquiera un instante!... ¡Que salga, que dé grandes paseos, que vea gente! ¿Para qué he de verla, si nadie me importa? Además, doctor...

EDUARDO

Doctor, no.

ARACELI

¿Usted se figura que yo no padezco más que esos males de que le he hablado?

EDUARDO

¿Qué más padece usted?

ARACELI

Mucho más, muchísimo más, infinitamente más padezco. La cabeza, la cabeza, que en ocasiones me arde como un volcán, en otras me causa la sensación justa de que está hueca.

EDUARDO

¿Hueca?

ARACELI

Hueca, sí; no se ría usted también. Es tal ausencia de peso, de gravedad, que se me antoja que va a salir volando, o que ya voló y no llevo nada sobre los hombros.

EDUARDO

Y se mira usted al espejo y se tranquiliza.

ARACELI

No se burle. Pero ¿usted ve lo que le cuento

de la cabeza? Pues apenas hago caso de ello. Una preocupación mayor me domina. En el pecho es donde yo estoy herida de muerte.

EDUARDO

¡Ave María Purísima!

ARACELI

Oh, sí, sí; no lo dude usted. En el pecho tengo yo algo.

EDUARDO

Eso no lo discuto yo.

ARACELI

Es una opresión, una angustia, un faltarme el aire... ¡Aaaah!... Aspirando con gran fatiga. ¿Ve usted? Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!...

EDUARDO

Y si sigue usted así me va a faltar a mí también.

ARACELI

No, no; usted quiere desorientarme con sus burlas, pero es inútil. En su cara he visto la impresión que le ha producido a usted este mal de mi pecho, y yo no me voy de aquí sin que usted me reconozca detenidamente.

EDUARDO

¿Cómo que yo la reconozca?

ARACELI

Que usted me reconozca, sí.

EDUARDO

¡Hasta ahí podíamos llegar!

ARACELI

¿Qué?

EDUARDO

Voladísimo.

Nada, nada... Una criatura tan impresionable como usted... sometida a un reconocimiento de esa índole... ¡Qué desatino! ¡Buena íbamos a hacerla! ¿Usted no cuenta con el efecto moral, Araceli? Usted no cuenta con que usted... Usted no cuenta con que yo... ¡Usted no cuenta con muchas cosas!

ARACELI

¡Ay, doctor! Ahora me parece usted más sincero. Acaso tenga usted razón. ¡Yo me muero si usted me reconoce! ¡Pero si no me reconoce usted, también me muero!

EDUARDO

Calma, Araceli, calma. No se muere usted. Yo

se lo afirmo sin reconocerla. Pero, vamos a adoptar un término medio. Deme usted la mano.

ARACELI

¿Para qué?

EDUARDO

Deme usted la mano.

ARACELI

¿La derecha?

EDUARDO

Es indiferente. *Le toma una mano.* Suspire usted ahora.

ARACELI

¡Ay, padre mío!

EDUARDO

Bien.

ARACELI

¿Bien?

EDUARDO

Bien; bien. Suspire más fuerte; y ya que al suspiro acompañan palabras, dedíquele usted este segundo suspiro a otra persona.

ARACELI

¡Ay, madre mía!

EDUARDO

Muy bien.

ARACELI

¿Muy bien?

EDUARDO

Muy bien; muy bien. Vuelva usted a suspirar aún más a sus anchas, si es posible...

ARACELI

Es posible; sí.

EDUARDO

Y evoque al hacerlo a otra persona de su mayor cariño y simpatía.

ARACELI

Después de pensarlo.

¡Ay, Sebastián!

EDUARDO

Soltando inconscientemente la mano de Araceli.

¿Quién es Sebastián?

ARACELI

El único hermanito que tengo.

EDUARDO

¡Quiere usted mucho a la familia!

ARACELI

Mucho. ¿Suspiro otra vez?

EDUARDO

No; porque a lo mejor va usted a suspirar por un primo segundo...

ARACELI

¿Y qué?

EDUARDO

Nada, nada; otra broma, Araceli.

ARACELI

Otra broma, no. Porque usted al oir lo de Sebastián palideció de pronto; usted soltó mi mano al oir lo de Sebastián... ¿Qué pensó usted que tenía yo en el pecho?

EDUARDO

¡Pensé que tenía usted a Sebastián!—que no es grano de anís.

ARACELI

No entiendo, amigo mío.

EDUARDO

Pues ya es hora de que entienda usted. No es posible, Araceli, que yo siga adelante con lo que

hasta aquí sólo puede hallar disculpa en la ligereza de mi carácter y en la misma vehemencia de usted, que me ha impedido hablar más claro.

ARACELI

Tampoco entiendo.

EDUARDO

Déjeme usted continuar. Yo no soy Jacinto Cañales, el médico famoso, el amigo de su amiga Beatriz, el hombre de moda...

ARACELI

¡Dios mío! ¿Es que me he metido en otro cuarto?

EDUARDO

No. Se ha metido usted en el cuarto adonde venía. Está usted en casa del doctor Cañales, que ahora mismo saldrá, y en presencia de su hermano Eduardo.

ARACELI

Ah; ¿es usted su hermano Eduardo?

EDUARDO

Para servir a usted.

ARACELI

¿El viudo?

EDUARDO

El soltero.

ARACELI

Ya. El soltero... Pues parecía usted el casado.

EDUARDO

¿El casado? ¿Por qué?

ARACELI

Quiero decir que parecía usted el médico. Me ha estado usted oyendo con un interés y poniendo unas caras... ¡Jesús, qué cosa! Esto lo ve una en el teatro y dice que no puede pasar.

EDUARDO

Pues... ya ve usted si pasa. Conste, pues, Araceli, que yo no soy el médico. Lo que soy es enfermo, en tal caso.

ARACELI

¿Enfermo usted? ¿De qué está usted enfermo?

EDUARDO

Quizás de lo mismo que usted.

ARACELI

¿De lo mismo que yo? Tampoco entiendo eso Eduardo.

EDUARDO

Yo, como usted, daría mil veces cuanto pudiera por una ilusión que alumbrara mi espíritu. Yo, preciosa Araceli, pensaba esta noche ir con mis hermanos al teatro y buscar ocasión de saludarla a usted y de hablarle, porque deseo ser su amigo... porque su persona me interesa profundamente. ¿Entiende usted esto?

ARACELI

Eso está más claro que el agua. Ahora, que yo no sé... Usted se hará cargo... Esta situación es tan anormal... ¿Quiere usted que llame a la *miss?*

EDUARDO

A mí no me hace falta ninguna.

ARACELI

No; ni a mí tampoco, pero... Mi situación... sus palabras de usted... Yo he venido aquí a ver a su hermano...

EDUARDO

¿Quiere usted que llame a mi hermano?

ARACELI

Llámelo...

EDUARDO

Me parece que hace tanta falta como la *miss*... pero... lo llamaré. ¡Qué diablo! En lugar de pre-

sentarme él a mí, lo presento yo a él. Aunque, después de todo, es una tontería. Porque, vamos a ver: ¿usted no se encuentra algo mejor? Con franqueza.

ARACELI

Con franqueza: ahora me encuentro bien. Como no estoy pensando en mis males...

EDUARDO

Usted lo ha dicho. Olvidar es aliviarse, Araceli. Vamos a dejar a mi hermano allá dentro. Sí; porque si viene, recuerda usted otra vez lo que aquí la trajo, y vuelve a padecer. Y yo no quiero que usted padezca, Araceli.

ARACELI

Eduardo...

EDUARDO

Le he dicho a usted que me interesa su persona, y quiero que otra vez lo oiga de mis labios. Si el solo verla de lejos me embelesaba y seducía, el oir su voz, el conocer sus cuitas misteriosas ha acabado de cautivarme. ¿Quiere usted ser mi amiga, Araceli?

ARACELI

Yo voy a llamar a la *miss*.

EDUARDO

Un momento. ¿Quiere usted ser mi amiga?

ARACELI

¿Por qué no, Eduardo?

EDUARDO

Pues ya que nuestra amistad ha empezado de tan particular y graciosa manera, ya que yo he logrado hacerla olvidar sus males un momento, acépteme como médico por unos días.

ARACELI

Como médico... Tiene gracia... Como médico... ¿Y qué va usted a hacer?

EDUARDO

Recetar: lo que hacen los médicos.

ARACELI

Pero ¿usted sabe?

EDUARDO

Curarla a usted, seguramente. Mire usted mi plan. Durante el tiempo necesario la despertará a usted todas las mañanas la llegada de un ramo de flores que yo le enviaré. ¿Me dispensará usted el honor de aceptarlo?

ARACELI

¿Como medicina?

EDUARDO

Desde luego.

ARACELI

Si es como medicina...

EDUARDO

Horas después, pasaré por la acera de enfrente a la de su casa, y usted se asomará al balcón.

ARACELI

Ay, me da mucho miedo caerme; por eso no me asomo nunca.

EDUARDO

No importa. Como yo soy el que ha de pasar por debajo, si se cae usted, respondo de que no se hará daño alguno.

ARACELI

Je. Tiene gracia...

EDUARDO

Por la noche, al teatro. Al que usted asista iré yo. Charlaremos allí de las impresiones del día, sin hacer mucho caso de la función, por si es tristona... y Dios dirá luego. Del resultado que nos dé este plan de los primeros días dependerá todo lo demás. ¿Acepta usted... enferma de desilusión?

ARACELI

Acepto, sí... No es un plan nada duro... Recibir sus flores por la mañana, saludarlo a usted al medio día y hablarle por la noche... No es muy duro, no...

EDUARDO

¿Verdad? ¿Y espera usted que acierte?

ARACELI

No sé... no sé... no quiero contestarle... Como me ha llamado usted enferma de desilusión... Si luego hay algún cambio en el plan...

EDUARDO

No, eso no; todo será sobre lo mismo... Más flores, más saludos, más charla...

ARACELI

Más charla... más saludos... más flores... Veremos... veremos... Es muy alegre la esperanza... Veremos... Pero ahora...

EDUARDO

¿Está violenta, no es verdad? ¿Desea marcharse?

ARACELI

Sí.

EDUARDO

¿Sin ver a mi hermano?

ARACELI

Se me ha hecho un poco tarde, ¿no? En el propio teatro me echarán de menos algunos amigos de casa.

EDUARDO

¿Quiere usted mi brazo hasta la puerta?

ARACELI

¿Como medicina también?

EDUARDO

También.

ARACELI

Je. A Jacinto dele mis disculpas...

EDUARDO

¡Bah! ¡Es un mediquillo de tres al cuarto!

Se van del brazo por la puerta del foro; él contemplándola sonriente y ella a cien leguas del objeto de su visita. A punto de verlos desaparecer llega curiosamente JACINTO por donde se marchó.

JACINTO

¡Ah, caramba! ¡Se la lleva del brazo! ¡Pero

este hermano mío es inconmensurable! Llamando. ¡Fermín! ¡Fermín!

Sale FERMÍN por la puerta del foro.

FERMÍN

Señorito.

JACINTO

¿Tú sabes qué ha ocurrido aquí?

FERMÍN

Señorito, yo no sé más sino que el señorito me dejó ahí fuera con la inglesa que viene con la señorita y me dijo que no estaba para nadie.

JACINTO

¿Para nada?

FERMÍN

Para nadie.

JACINTO

¿Y tú has hablado algo con la inglesa?

FERMÍN

¡Mucho! Tampoco anda buena. Empezó a contarme que se va a morir el día menos pensado, y que tiene unas tristezas muy grandes, y que no duerme, y que no come; y yo le dije que en cuanto se enamorara de un español como yo,

se le acababan esas murrias. Y se va tan contenta.

JACINTO

¡Bien, hombre, bien! Pero ese hermano mío...

FERMÍN

Aquí llega.

Vase Fermín y llega, en efecto, EDUARDO muy gozoso.

JACINTO

¡Eduardo!

EDUARDO

¡Jacintillo! ¡Abrázame!

JACINTO

¿Y la enferma?

EDUARDO

¿La enferma? Convaleciente ya. En cambio yo, gravísimo.

JACINTO

¿Gravísimo, eh?

EDUARDO

Gravísimo. Pronto la verás en el teatro y me

dirás si no hay para enfermar de muerte. Yo le he propuesto ser su médico por unos días.

JACINTO

¿Tú?

EDUARDO

Yo. Y he de serlo. Y la he de curar. Oyendo las tribulaciones de esa hermosa mujer, de quien ya estoy desatinadamente enamorado, pensé que los médicos de las mujeres, antes que médicos tienen que ser poetas. ¡Ay de aquel que no sepa curar las almas! ¡Desilusión, desamor, desencanto! ¡Sólo con ilusión y con amor podréis curaros siempre!

Porque el tormento mayor
que hay para toda mujer,
es la muerte de ese amor
que se muere sin nacer.

FIN

Madrid, Febrero 1910.

LA ZAHORÍ

ENTREMÉS

PERSONAJES

MICAELA. JUANICO.

VARIOS MOZOS.

LA ZAHORÍ

Covacha en donde vive Micaela. A la derecha del actor una puertecilla, cerrada con cerrojo y tranca, a pesar de ser el único hueco por donde entran el aire y la luz. A la izquierda del foro un agujero grande que comunica con otra habitación de la covacha. No hay más muebles que una mesa pequeña y dos o tres sillas, muy viejas. Colgadas junto a la puerta dos herraduras rotas. En la pared una ristra de ajos. Es de noche.

Al levantarse el telón está la escena sola. Un momento después se oyen dos golpes fuertes en la puerta. A poco se repiten, y entonces sale por el agujero del foro MICAELA, con un candil en la mano. Es una gitana como de unos cincuenta años de edad, desgreñada y rota.

MICAELA

¿Quién será que tanta priesa trae? Llégase a la puerta y pregunta. ¿Quién es?

JUANICO

Dentro, gritando, muy a lo paleto.

¡A la paz e Dios!

MICAELA

¡Bendito sea, y no nos esampare nunca! ¿Quién es?

JUANICO

Gente e paz.

MICAELA

¿Qué gente?

JUANICO

Un hombre.

MICAELA

¿Na más?

JUANICO

¿Le paece a usté poco?

MICAELA

S'ha menesté dá más señales pa entrá en mi cueva.

JUANICO

¿No basta zé perzona e bien?

MICAELA

No basta. ¿Esa persona viene sola?

JUANICO

Con una pezaúmbre.

MICAELA

¿Y qué quiere?

JUANICO

Remedio pa eya.

MICAELA

¿Y quién la guía a este sitio?

JUANICO

El anzia de zortarla pronto.

MICAELA

Va a abrir y se detiene.

¿Traes dineros?

JUANICO

No zoy la Caza e la Monea, pero argunos traigo.

MICAELA

Franqueándole la puerta a Juanico.

Pasa.

JUANICO

Dios guarde a usté.

MICAELA

Cerrando la puerta.

Er te guíe.

Juanico es un mozo trabajador del campo andaluz. Viene de sombrero ancho, zamarra al hombro, faja y zahones. Su hablar es torpe, oscuro y despacioso.

JUANICO

Comadre, ¿zabe usté que pregunta usté más que er padrón de los perros?

MICAELA

¿Eres perrero tú?

JUANICO

No; pero esta tarde ze lo he visto yená a mi zeñorito.

MICAELA

¿Quién es tu señorito?

JUANICO

Don Pedro Molina. El amo de Mazarquiví, er cortijo más zonao der pueblo.

MICAELA

¡Ah, ya... Molina! De los Molinas de Morón. ¡Ese sí que tiene *parné!*... ¡Mardesío! En su casa se esayunan con onsas e oro.

JUANICO

¿Quién le ha dicho a usté ezo?

MICAELA

¡Yo que lo sé!...¡Condenao! Unos tanto y otros tan poco... Miá tú yo, que pa que se junten en mi oya más e tres garbansos... tengo que tocá un

pito... Y si echo carne arguna vé, se asusta la oya.

JUANICO

Azina ez este mundo. Lo mesmo paza con los pezares. Hay quien vive riyéndose desde que dispierta... y hay quien no ze ríe ni aunque ze vaya a retratá.

MICAELA

Jerío vienes.

JUANICO

Jerío.

MICAELA

¿De qué?

JUANICO

De mar de amores.

MICAELA

¿Qué eres tú?

JUANICO

Yegüerizo de Mazarquiví. Usté pué que conociera a mi padre. Zeñó Cristoba er de la Fuente.

MICAELA

Sí que lo conosí; bien dises... Dios lo tenga

en su gloria. ¡Qué hombre aqué tan cabá y tan esente! De güeno que era, en er pueblo le yamaban *Asuca.*

JUANICO

Azuca... ezo es...

MICAELA

Ea, pos siéntate ya, *Terrón.*

JUANICO

Dejándose caer con abatimiento en una silla, y suspirando.

¡Ay!

MICAELA

No suspires; que ninguna mujé vale er suspiro de un hombre honrao. Te lo digo yo... que he sío mujé ya jase tiempo. Dame la mano.

JUANICO

¿La mano?

MICAELA

Sí. Pero ésa no; la otra.

JUANICO

¿Tiene que zé la izquierda?

MICAELA

La izquierda. *Toma la mano de Juanico y la contempla atentamente por la palma. Juanico muestra asombro y miedo.* ¡Ay, creatura!... ¡Qué de cosas te van a pasá en este mundo... si no te mueres antes!

JUANICO

¿Malas o güenas?

MICAELA

Hay de to. Déjame que te mire a los ojos.

JUANICO

¿A loz ojos? ¿Pa qué?

MICAELA

Eso es cuenta mía.

JUANICO

Yeva usté razón.

MICAELA

(¡Probesito! Es más infelí que una estera.) Ea, anda ya; esahoga tu pecho tribulao. Hate cuenta que estás elante er cura.

JUANICO

Mejó zerá que me jaga otra cuenta; porque ar cura, zi a mano viene... ya ze zabe que lo tiene uno que engañá... Argunas cozas no ze les puén decí a los curas...

MICAELA

¿Por qué?

JUANICO

¡Porque no zaben de ezo!

MICAELA

¿No, verdá? Pos descansa en mí; que yo sé de eso. De eso y de to, pero de eso mi sensia es un poso. Echa fuera to lo que te jiere, que no te fartará la melesina. Toíto er que viene aquí se va consolao... Jasta condeses y marqueses han pasao esa puerta... Y una señora mu señora estuvo anoche, enselá der marío, y yo le jise vé en un vaso de agua que er señorito no estaba donde eya se creía, sino en otro sitio peó.

JUANICO

¿Peó pa eya?

MICAELA

Peó pa é. Estaba en er Casino, ¿sabes? *Imitando la acción de jugar al monte.* Pero como la señora no traía más aqué que la mordeúra de los selos, se fué esponjá de orguyo.

JUANICO

Escuche usté, gitana...

MICAELA

Micaela me yamo. La Sajorí por otro nombre.

JUANICO

Poz escuche usté, Zajorí; yo quieo vé lo que está jaciendo a estaz horas mi Mercedes.

MICAELA

Muy asombrada.

¡Chiquiyo!

JUANICO

¿Qué?

MICAELA

Con malicia.

¿Tú sabes lo que píes?...

JUANICO

Yo...

MICAELA

Vamos a vé; ¿quién es tu Mersedes?

JUANICO

La que me ha puesto azina; que me vi a gorvé *tábiro*.

MICAELA

Es verdá; que tienes coló de serote. Si te ve un sapatero, te roba.

JUANICO

Como que no zoy conocío. Ar pilón der cor-

tijo me miré la cara esta mañana, y penzé que era otro. Gracias a que pazó el aperaó y me dijo: «Juanico, güenos días», me dí cuenta de que era yo er que pintaba el agua. *Afligiéndose y haciendo pucheros.* Yo he perdío la alegría de mi genio; yo no cómo bocao a gusto; yo er vino no lo cato; yo no jago na de lo que jacen tos loz hombres; jasta er tabaco me zabe malamente...

MICAELA

¿Pero qué es eso? ¿Vas a yorá como una creatura? Jate fuerte, hombre, que to se arregla en esta vía. Echa tabaco.

JUANICO

No tengo ganas e fumá.

MICAELA

Si es pa mí.

JUANICO

Ezo ez otra coza. Tome usté.

Le da una petaca que lleva en la faja. Micaela hace un cigarrillo a estilo campesino, lo enciende en el candil y fuma, oprimiéndolo y arqueándolo mucho.

MICAELA

Cuéntame; esa mujé, ¿es bonita?

JUANICO

Bonita no es na; pintores no la pintaran... ¿Ha visto usté arguna vé la primera amapola que zale entre er trigo? Poz eza. Señalando con el dedo pulgar de una mano la yema del índice. La carita ez azina... la cintura ez azina... las manos zon azina... azina zon los pies...

MICAELA

¡Ay, várgame Dios!... Te has enamorado de una cuña.

JUANICO

¿Una cuña? Pos zeiz arrobas peza; pa que ze vaya usté enterando.

MICAELA

¿Quién había e desirlo?... ¡Miá la *gachí!*... Ya sé yo dónde yeva las carnes.

JUANICO

Metiendo mano a un bolsillo de la zamarra.

Aguarde usté: va usté a verla ahora mesmo.

MICAELA

¿La traes ahí?

JUANICO

Traigo una pintura que me ha jecho er chiquichanca der cortijo, que tiene mucha idea. Saca

del bolsillo un papelito doblado en cuatro partes y se lo enseña a Micaela. Místela.

MICAELA

Cogiendo el papel y mirándolo.

¡Ay, qué presiosa!... ¡Qué presiosa!...

JUANICO

Zi la está usté viendo ar revés...

MICAELA

Es verdá, hijo mío... Después de volver el papel. ¡Ay, qué presiosísima!

JUANICO

Señalando un punto en el dibujo.

Este ez el ojo.

MICAELA

(¡No va pa Moriyo er chiquichanca; mar tiro le den!) Ten ahí. Le devuelve el papel. Bien merese la niña que penes por eya.

JUANICO

Y bien que peno...

MICAELA

Ya lo sé.... ¿qué vas a contarme? ya lo sé... ¡Como que quiere a otro!

JUANICO

A otro quiere. ¿A usté quién ze lo ha dicho?

MICAELA

Naide. Yo sé toas las cosas, por sajorí que soy. Y miá tú que pa fijarse en quien se ha fijao, no valía la pena de jaserte a ti esta esaborisión.

JUANICO

Ezo es lo que yo digo... Toavía zi me dejara por un mozo cabá... ¡pero miste que dejarme por *Patas cortas!* ¡Un hombre que zentao tiene más estatura que de pie!...

MICAELA

A naide curpes más que a ti. Castigo der sielo es to lo que te pasa. ¿Por qué plantaste tú a la otra, jaspa e molino?

JUANICO

Lleno de perplejidad.

¿A quién? ¿A María Pepa?

MICAELA

A María Pepa, sí...

JUANICO

Pero, ¿también lo zabe usté?

MICAELA

¿Por qué la plantaste, velioso?

JUANICO

Pa er queré no hay leyes... Viene y ze va zin pedí permizo... como er zó...

MICAELA

Si hubieras acudío a mí desde er prensipio, yo te hubiera ajorrao pesaúmbres. Pero es tiempo toavía... siempre que jagas to lo que yo te mande.

JUANICO

To lo jaré. ¿Me quedrá Mercedes?

MICAELA

Te quedrá.

JUANICO

¿Pero dejará a *Patas cortas?*

MICAELA

Y a *Patas largas.*

JUANICO

Con explosión de alegría infantil.

¡Ay, Jozú! ¡Jozú! ¿qué me está usté diciendo? ¡Zi no ha de zalí, vale más que me ezengañe usté de un gorpe!

MICAELA

En tu sino está escrito: te quedrá Mersedes;

piedras ha de tirá por ti; sus casaréis un domingo e Mayo y tendréis dos hijos, después de esperarlos seis años y tres días: el uno te jará felí cantando misa; el otro te acarreará muchos sinsabores porque quedrá meterse a verdugo.

JUANICO

Con espanto.

¡Zeñora!

MICAELA

¡A verdugo! Yo no invento na. A *Patas cortas*, er día de tu casamiento lo cogerá er carro e la carne por las roíyas...

JUANICO

Riéndose brutalmente

¡Ju, ju, ju!

MICAELA

Y las manchas e sangre se quearán en las piedras, sin que na baste pa borrarlas, jasta que nazca er primero de tus *chorreles*.

JUANICO

Asombrado.

¿Zí?

MICAELA

Como lo oyes.

JUANICO

Me deja usté parao.

MICAELA

Dame una peseta.

JUANICO

¿Una pezeta? Tome usté.

MICAELA

Te pío dinero tuyo, porque er mío no vale. Con esta monea vi yo a comprá ungüento de firmesa, porvos de ensueño, fló de ternura y simiente de güena dicha; con to rebujao y jervío en un dedá de agua salobre, vi a jasé un caramelo, te lo vi a da a tí, y er día que tú consigas que eya na más se lo yeve a los labios, por la noche bajará a la ventana.

JUANICO

¿Zí?

MICAELA

Sí. Pero tú has de jurarme pasá de largo sin mirarla siquiera.

JUANICO

¿Por qué?

MICAELA

Porque si la miras, ya pués contá que la has perdío pa siempre.

JUANICO

Aterrado.

¡Jozú!

MICAELA

Escucha otra cosa.

JUANICO

Usté dirá.

MICAELA

Dándole un clavo que saca del cajón de la mesa.

Toma este clavo. Esta noche, ar tiempo de acostarte, jases una cruz con é a la cabesera e tu cama; lo clavas en medio e la cruz, y das tres martiyasos seguíos, disiendo: ¡Mersedes!...¡Mersedes!... ¡Mersedes!... A la tersera vé, er clavo te responderá mu lastimero: «¿Qué te he jecho yo pa que asín me martrates?»... Entonses tú te acuestas sin cuidao y te duermes tranquilo.

JUANICO

¡En zeguía! ¡Como diga ezo er clavo, no pego yo un ojo en toa la noche!

MICAELA

Aguarda, y déjame acabá. Si er clavo no contesta...

JUANICO

¿Le cuergo er zombrero?...

MICAELA

¡No! Te sales a la caye...

JUANICO

¡Ah!...

MICAELA

Te vas a casa de Mersedes...

JUANICO

¡Ah!...

MICAELA

Y en er mismo poyete de su puerta, jases otra cruz con saliva.

JUANICO

¿Otra cruz?

MICAELA

Sí.

JUANICO

¿Y me va usté a da también otro clavo?

MICAELA

Sí.

JUANICO

¿Pa que lo clave en er poyete?

MICAELA

Sí.

JUANICO

Cambiando repentinamente de voz, de acento, de pronunciación y de ademanes.

Pero, vamos a vé, señora: ¿tengo yo cara de sé tan bruto?

MICAELA

Desconcertada.

¿Eh?

Óyense dentro, hacia la puerta, risas escandalosas de varios mozos que acompañaban a Juanico.

JUANICO

Que si tengo yo cara de sé tan bruto.

MICAELA

¡Ah, ladrón! Te has estao burlando de esta probe mujé, ¿no es verdá? ¿Y vienes con pandiya, cacho e valiente? Nuevas risas dentro. ¡Miá cómo se ríen de la grasia!

JUANICO

¡Señora, como que trae usté infernao a to er

pueblo con sus embustes, y ha güerto usté tonto ar chiquiyo del aperaó! ¡No hay un vesino que no ande ya jasiendo cruses por toas partes!

MICAELA

¡Asín te jagan una en la barriga con una navaja de afeitá, condenao! ¡Vete ya e mi casa, malas ideas!

JUANICO

¡Si venimos a corgarla a usté!

Abre la puerta y aparecen algunos MOZOS, riéndose. Uno de ellos, el MOZO 1.º, encanijado y chiquitín.

MICAELA

¿A mí?

MOZO 1.º

¡Por bruja!

MICAELA

¡Miá el otro, que paese que lo han echao ar mundo por compromiso! Se ríen todos. ¡Largarse ya, cuadriya e bandoleros, si no queréis que sus jaga yo mar de ojo!

JUANICO

¿Sí, eh? ¡Pos degüérvame usté mi peseta!

MICAELA

¡No te jará daño, creminá! ¡Antes me sacas la edá que tengo!

Nuevas risas.

JUANICO

Pero, infelí, ¿te iba yo a da una peseta güena? ¡Si ésa no la toman ni con un duro ensima!

MICAELA

¡Ah, *pajolero!* ¿Conque es farsa?

MOZO 1.º

¡Más que tú!

MICAELA

¡Cáyate ya, pitraco; que un gato que te vea te va a tomá por revortiyo! ¡Cáyate y no hables más! ¡Fuera, fuera e mi casa tos, que la eshonráis!

JUANICO

¡Anda y que te afusilen, y aprende otra vez a tené más vista!

MICAELA

¡Grandísimo Júas, si eres un cómico; si se la das a tu misma mare!

JUANICO

¡Vámonos! ¡vámonos!

Se marchan todos y se alejan riéndose a más y mejor de la gitana.

MICAELA

¡Ca uno se gana la vía como puede! ¿Cómo se la ganaba tu padre, cacho e ladrón, que farsificaba hasta el agua?

JUANICO

Desde dentro ya.

¡Pero si tampoco soy yo hijo der señó Cristobal!

MICAELA

¡Ni de naide! ¡Si tú eres del Hespisio, arrastrao! ¡Vete ya, cunero!... ¡Viruelas te sargan jasta en er blanco de los ojos! ¡Vete ya!... ¡armenaqúe antiguo!... ¡coliya e probe!... ¡tacón sin bota!... ¡En manos e la justisia te veas... y te toque un fiscá ponderativo!...

Cierra la puerta y se dirige al público.

Yo he nasío sajorí,
y calo en er pensamiento,
y leo en lo porvení,
y tengo er presentimiento
de que me vais a aplaudí.

FIN

Madrid, Marzo 1903.

SOLICO EN EL MUNDO

ENTREMÉS

PERSONAJES

MANOLICA. PACORRO.

SOLICO EN EL MUNDO

Corralillo en casa del padre de Manolica, labrador humilde de Canales, pueblo de Aragón. Al foro, tapia y puerta que da a la calle. A la izquierda de la actriz—ya estamos cansados de dar la preferencia a la del actor, siguiendo una rutina poco galante—, otra puerta, que comunica con el interior de la casa. Hacia la derecha, una pila de lavar ropa. Dos sillas viejas. Es de día.

MANOLICA, moza de buen ver, gentil y resuelta sale de la casa riéndose. Trae los brazos al aire, como de estar lavando. Habla con el gracioso dejo baturro.

MANOLICA

Los dimoños en el cuerpo tié la creatura. Si no le voy a la mano pronto, le corta las orejas al gato. Y las echa en la olla, que eso hubiá sido lo pior. Barrabás anda suelto por la casa dende que él vino. Se pone a lavar. ¡Pobre Nicanora! ¡El gusto que le daría vélo ya con seis años, que pa

las fiestas del pueblo los hace! ¡Válgame Dios, y cómo pasa el tiempo!

Canta mientras lava.

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente...

Me paice como que hurgan en la puerta... ¡Alante quien sea, que está abierto! Viendo que no entra nadie. Jué feguración.

Torna a la copla.

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente,
porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

Llaman a la puerta del foro.

¿No icía yo? ¡Alante quien sea! Llaman otra vez. ¡Alante, que está abierto! Espera en vano. A la cuenta va a ser una groma. Llégase a la puerta y la abre. Aparece en ella PACORRO, de baturro. Güen hombre, ¿es usté sordo? Pacorro la mira y no contesta. ¡Que si es usté sordo!

PACORRO

¡Ojalá lo juera!

MANOLICA

¿Sordo?

PACORRO

¡Y mudo!

MANOLICA

¿Mudo, pa qué?

PACORRO

¡Pa no poder icíle a usté a lo que vengo!

MANOLICA

Pus con dar media güelta y marcháse...

PACORRO

¡Toma! ¡Si es que se lo tengo que icir!

MANOLICA

¿Es alguna disgracia? ¿Viene usté de Rincones? Allá tié mi padre familia.

PACORRO

Pus no vengo de Rincones, no; que vengo de Alcudera.

MANOLICA

¿De Alcudera? ¿Y a qué viene usté de Alcudera?

PACORRO

A véla a usté. ¿No es usté Manolica, la hija de Demetrio?

MANOLICA

La mesma soy.

PACORRO

¡Pus no sabe usté lo que lo siento, maña!

MANOLICA

¿Pero no ice usté que viene a véme, hombre de Dios?

PACORRO

Sí, por cierto; pero es el caso que no quisiá véla. Porque como no le traigo nengún regalico...

MANOLICA

Vaya, vaya, traiga lo que traiga, entre usté si ha de entrar y diga lo que sea si ha de icilo, que no es cosa de que nos pasemos así toa la mañana.

Vuélvese a la pila, y recoge la prendas que estaba lavando.

PACORRO

A la juerza ahorcan. *Se adelanta como a remolque hacia Manolica, cerrando primero la puerta.* Güenos días.

MANOLICA

Güenos días.

PACORRO

¿Cómo lo pasa usté?

MANOLICA

Yo, bien, ¿y usté?

PACORRO

De mi no se cuide. ¿El padre, güeno?

MANOLICA

Güeno, a Dios gracias.

PACORRO

¿Y la madre? ¿Y la agüela?

MANOLICA

A Dios gracias, güenas tamién. Salú no falta.

PACORRO

¡Miá qué contratiempo!

MANOLICA

¿Contratiempo que haiga salú?

PACORRO

To hay que explicálo. Si hubiá en la casa alguno siquiá con dolor de cabeza, o con dolor de muelas, como se ice que unos desgustos traen otros, ya podía yo soltar el que traigo a toa satisfaición. Pero en una casa en que tos están alegres y con salú, venir yo a hacer un estropicio...

MANOLICA

Acabará usté por ponéme en cuidau. ¿Es que de veras trae usté un desgusto?

PACORRO

Traigo dos: el desgusto que traigo... y el desgusto de traélo.

MANOLICA

Siéntese usté.

PACORRO

Y amás, me recibe usté con fenuras. Y amás, tié usté una cara como un amanecer.

MANOLICA

¿Tamién le pesa eso?

PACORRO

¡Relente! ¿no me ha de pesar? ¡Si juá usté fea, ya le hubiá yo soltau el desgusto pa echar a correr y no véla, y me habría librau de esta pesaúmbre! Pero con esa cara que tié usté... ¿quién echa a correr si no es pa topála?

MANOLICA

¡Repaño con el hombre! ¡Pa icir lo que trae quié ser sordo, quié ser mudo, quié que no haiga salú en mi casa, quié que yo sea fea!... ¿Qué

encarguico tan tinebroso es ése? ¡Acabe usté de reventar!

PACORRO

Pus allá va, maña; que eso es lo que estaba yo asperando; que usté me arrempujara un poquico. Allá va.

MANOLICA

Venga.

PACORRO

¡Allá va!

MANOLICA

¡Venga!

PACORRO

¿Sabe usté quién se ha muerto?

MANOLICA

¿Quién?

PACORRO

Atanasio Rastrillo.

MANOLICA

¿Qué se ha muerto? ¿Atanasio Rastrillo?

PACORRO

¡El mesmo que viste y calza!

MANOLICA

Ya era hora!

PACORRO

¿Qué ice usté?

MANOLICA

¡Qué ya era hora!

PACORRO

¿Ese es to el risponso que le reza!

MANOLICA

Y haticuenta que no bailo una jotica porque no es cristiano. ¡Bien muerto está! ¡Sí que es un desgusto el que me trae! Hombre más perro que ése no ha nacido. ¡Ya le tostarán los güesos en los infiernos, ya! ¿Usté era amigo suyo?

PACORRO

Como no tuvo otro.

MANOLICA

Lobos de la mesma camada... El Siñor nos libre.

Sepárase un poco de él.

PACORRO

Lobos, no: vea usté lo que son contradiciones. Si él era lobo, yo soy un corderico.

MANOLICA

¿Y de qué se ha muerto?

PACORRO

Del ultimo medico que ha ido al pueblo, que es un igoísta.

MANOLICA

¿Por qué?

PACORRO

Porque paíce que se quié quedar solo. ¡Relente! ¡y qué maña tié el hombre pa mandar cristianos al otro mundo!

MANOLICA

Pus ea, que el Siñor los perdone a los dos, al muerto y al vivo. ¿Era eso to lo que usté tuvía que icíme?

PACORRO

Ahura empiezo, maña; ahura empiezo.

MANOLICA

¡Repaño! ¿Qué empieza usté ahura?

PACORRO

¡Entérese usté de esta cartica del defunto, que me la escrebió viéndose esamparau con el medico solo, un día antes de cerrar el ojo pa siempre.

MANOLICA

¿Una cartica?

PACORRO

Escuche usté. Así ice. *Lee la carta, atendido con gran interés por Manolica.* «Pacorro»—yo me llamo Pacorro:—«Has de saber que estoy malico de muerte va ya pa dos días, y que me sospecho que no me queda aguante ni pa otros dos. Ganas de vivir no me faltan; pero las juerzas se me van por menutos. El medico nuevo se ha liau con mí y ca cuartico de hora me da una melecina. Va a poder más que yo. Y por si la velica se apaga, quió descargáme de culpas con tú, que eres mi güen amigo.» *Enternecido.* ¡Pobre Atanasio! ¿No se ablanda una piedra, maña?

MANOLICA

Siga usté la letura.

PACORRO

«De toas las fechurías que hi hecho en este mundo, una hay que no me deja morir tranquilo. Yo tuve un hijo con Nicanora, que en gloria esté, la hija del siñor Domingo el cestero, que en gloria esté, y por consejos de mi hermana la viuda, que en gloria esté, abandoné de mala manera al retoñico y a la madre. Cuando ella se murió, que hace más de tres años ya, supe yo que el hijo de mi sangre lo había recogido una

moceta muy amiga de Nicanora, que en gloria esté, y que se llama Manolica Lafuente, porque es hija del siñor Demetrio Lafuente, que en gloria esté.»

MANOLICA

¡Oiga usté, que mi padre no está en gloria; que mi padre vive, a Dios gracias!

PACORRO

Y sea por muchos años, moceta. El enfeliz viéndose morir... paíce ser que quería encontráse personas conocidas en el otro barrio. Sigue leyendo. «De modo y manera, Pacorro, que como un chico es una carga, y el chico es hijo mío, y tú eres como si juá yo, es mi ultíma voluntá que vayas a Canales, que preguntes por Manolica la de Demetrio, que la vesites, que le pidas a mi hijo, y que lo recojas y lo críes y lo hagas un hombre de provecho a tu lao, como si juás su legitímo padre. Y adiós, Pacorro, que la voz me se apaga... y me se va la vista... y me se va la cabeza... y me voy yo tamién pa no golver más. Atanasio.»

MANOLICA

¡Que en gloria esté! ¡Miá el risuello que ha tuvido el hombre! ¡Estos que nacen travesaus hasta ultíma hora están metiendo ruido!

PACORRO

Recebir yo esta carta y tomar el camino de Alcudera al galope, to jué la mesma cosa. Temblando iba de no llegar a tiempo a la cabecera de mi amigo, pero quiso la Virgen del Pilar que llegara, y allí le juré cumplir to lo que me pedía. Y por el chico vengo.

Pausa.

MANOLICA

Pus miusté: en el pueblo hay más chicos que gurriones. Se pué usté llevar el que quiera; pero lo que es éste de Nicanora, éste no se lo lleva usté.

PACORRO

¿Que no me lo llevo? ¿Y esta carta, maña?

MANOLICA

¡Esa carta yo no la hi oído!

PACORRO

¿Es usté sorda?

MANOLICA

Cuasi, cuasi.

PACORRO

Poco a poco, ¿eh? que aquí no valen callejuelas. Ripito que esta carta...

MANOLICA

Esa carta no es de Atanasio.

PACORRO

¿No lo ha de ser?

MANOLICA

No, siñor: la letra no es suya.

PACORRO

¡Relente! ¡Si él no sabía escrebir!

MANOLICA

¡Pus que hubiá aprendido! ¡Pa una cosa tan grave!

PACORRO

¿Y qué más da, si él la ditó de su puño y letra?

MANOLICA

¿Y en qué se conoce que él la ditara?

PACORRO

Después de darle varias vueltas a la carta, perplejo.

Se conoce... se conoce... Miusté, maña, eso es por demás... ¿En qué se ha e conocer? ¿Quiusté conocer una carta en la voz? ¡Como no se conozga en que güele a tabaco picau, que era el que él fumaba!

MANOLICA

¡No me vale!

PACORRO

¡O en la fecha, ¡relente! que es de un día antes de estirar la patica!

MANOLICA

¡No me vale! ¿Hay testigos?

PACORRO

¿Testigos en un nigocio de tanta riserva? ¡Ni el que escrebió la carta jué testigo; que la escrebió en el cuarto de al lao!

MANOLICA

¡Repaño con el hombre! ¡Ya pudo hacer el viaje sin icir esta boca es mía! Disprecia y abandona a la probecica Nicanora y la deja moríse de hambre, y dimpués de muerta no le manda icir siquiá una misica; se queda su hijo solico en el mundo sin calor de naide; lo recojo yo con mil desgustos en mi casa, que hasta me costó riñir con un novio que entonces tuvía, lo saco alante con mis cuidaos y mis terruras, que estaba el probecico enclenque y esmirriau que era una compasión, y cuando va a cumplir los seis años y paíce un perdigoncico por lo saltarín, se le ocurre al mal padre moríse tamién, y disponer de él a su antojo en una cartica. ¡Póngale usté a él un

teligrama pa que llegue antes, iciéndole de parte mía que se limpie, que está de güevo! ¡El chico no se asepara de mis sayas!

PACORRO

Reflexivo.

¿Sabía yo o no sabía yo que traía un desgusto? ¡Mal nigocio es éste, moceta!

MANOLICA

Pa usté será, güen hombre. Tire usté por onde tire, yo el chico no lo suelto. ¡Hijico e mi alma!

PACORRO

Es lo pior que podía pasáme. Yo quería llevámelo por güenas. Entre el estomágo y la faja traía la cartica, y no la sentía cuasi. Y ahura me paice un sinapismo. Le hi jurao a Atanasio hacer su voluntá, y a tuertas o a drechas la hi de hacer, aunque tenga que valéme de la justicia.

MANOLICA

Asustada.

¿De la justicia?

PACORRO

Si usté se cierra en no soltálo, ¿qué rimedio? Yo hi de cumplir la voluntá del padre.

MANOLICA

¿Pero cuál es esa voluntá, si va usté a mirála,

sino que el probecico no esté esamparau? ¿Es que lo está a mi lao por un por si acaso? ¿Iba usté a dále mejores tratos que los míos? ¿Iba usté a dormílo en sus brazos como lo duermo yo? Un besico que usté le diera, ¿le iba a saber como los de mi boca? Acostumbrau a mis manos cuando lo visto, las de usté ¿no habían de lastimále? Llorosa. ¡Siñor Pacorro u como le digan, usté tié mirar de güen alma: venga usté a ver a Crespulín cuantas veces quiera, pero no lo aparte de mi lao!

PACORRO

¿Va usté a llorar, creatura?

MANOLICA

¿Le paíce a usté que es de risa el lance, y me ha amenazau con la justicia? ¡Probecico mío! ¡Nació el enfeliz con mala estrella!

Silencio. Ella gimotea un momento y se enjuga las lágrimas. Él la contempla. Después se mira las mano y dice:

PACORRO

En lo de las manos, la razón es razón, no cabe duda. Las mías están endurecías por el trebajo, y las suyas paícen dos palomicas. Y tocante a los besos... entre los míos y los de ella... ¡hay que ponése en el pellejo de Crespulín! Sobre to... cuando deje de ser Crespulín para ser Cres-

púlo... Porque tié usté una boca, maña... que... que... Pero no, ¡relente! ¡La cartica es la cartica! ¡Y me está mordiendo como un perro e presa!

MANOLICA

¿Por qué no habla usté de ello con el cura?

PACORRO

¿Con el de mi pueblo? ¡Porque tié un sobrino cerero y lo arregla to con velicas pa las tronadas!

MANOLICA

Con tal que lo arregle... Miusté, Pacorro, que mientras más lo pienso, me se hace más una montaña. En mi casa son tos a querer y a mimar a Crespulín.

PACORRO

En mi casa sería lo mesmo. Eso no. ¿Cuántos son ustés de familia?

MANOLICA

Pus mis padres y mi agüela y mi hermano y yo.

PACORRO

Total, cinco presonas. En mi casa semos decisiete. Allá nos ajuntaremos más pa festejálo.

MANOLICA

¿Decisiete presonas son ustés en la casa?

PACORRO

Ni una menos. Mi padre y madre y catorce hermanos y yo. Y cuatro que se murieron antes de granar.

MANOLICA

¡Ave María! Si su padre de usté juá rey, se habrían quedau sordos tos en el pueblo.

PACORRO

¿Por qué?

MANOLICA

¡Por los cañonazos que hubián tirau al nacer tantos chicos!

PACORRO

Riéndose.

¡Eso está gracioso! Pus oiga usté, Manolica, lo más enrevesau de referir. Hasta el año pasau, que se empeñó el cura, no se han casau por la Iglesia mi padre y mi madre.

MANOLICA

¿Hasta el año pasau?

PACORRO

¿Y sabe usté lo que mi padre icía? Sin casáme hi tuvido decinueve hijos... ¡Recontra, si me llego a casar!

MANOLICA

Riéndose.

Tamién eso es gracioso. Pero cuenta que el no casáse... es faltále a la Iglesia.

PACORRO

Es faltále, sí. Y a to esto, Crespulín ¿onde está?

MANOLICA

¿Crespulín? ¿Pero güelve usté a la cartica? Es usté tozudo.

PACORRO

Soy formal. Hi jurao lo que hi jurao, y basta. Sobre que ya rabio por conocélo.

MANOLICA

Eso sí. La agüela se lo llevó un rato a la calle pa que no enredara en la cocina. Pero va usté a ver un retratico.

Saca del seno un medallón que lleva pendiente de una cadenita.

PACORRO

¿Ahi lo lleva usté?

MANOLICA

Ande mesmo lo llevaría su madre. Miálo. ¡Qué ajeno está él a estas desputas! Pacorro se acerca a

Manolica y mira alternativamente el retrato del niño y la cara de la muchacha. ¿Qué mira usté tanto?

PACORRO

Que se paice a usté, Manolica.

MANOLICA

Eso icen. Se conoce que de lo mucho que lo hi mirau, me copia como si juá un espejico.

PACORRO

¡Precioso!

MANOLICA

Precioso, ¿verdá?

PACORRO

¡Precioso! ¡Pa coméselo de un bocau!

MANOLICA

¿Verdá que sí?

PACORRO

¡Y está solico!

MANOLICA

¡Solico en el mundo!

PACORRO

No, maña, no; ¡si to esto lo icía por un lunar que tié usté debajico e la barba!

MANOLICA

¡Sí que es usté reparaor!

Guárdase el retrato. Pausa. Se miran.

PACORRO

Nos himos quedau tartamudos.

MANOLICA

Priocupaus.

PACORRO

Y pué ser que estemos los dos pensando lo mesmo.

MANOLICA

Pué ser.

PACORRO

¿Usté en qué piensa?

MANOLICA

En Crespulín. ¿Y usté?

PACORRO

En Atanasio. Paíce que no es lo mesmo... y es lo mesmo. Usté me ha dicho que antes le costó el chico riñir con su novio.

MANOLICA

Riñir con el novio me costó.

PACORRO

¡Relente, qué ideíca!

MANOLICA

¿Una ideíca?

PACORRO

¡Con ésta no contaba Atanasio!

MANOLICA

¿Pué sabése?

PACORRO

Sí pué sabése, sí. Pero antes me va usté a icir qué colores son esos que se le han salido.

MANOLICA

Ruborosa.

Digo yo si serán los mesmos que usté tuvía, que ahura no los tiene.

PACORRO

To pué ser. Yo no estoy en mí dende que me se ocurrió la ideíca. Siento unos trasudores...

MANOLICA

¿Tan mal pensamiento ha tuvido?

PACORRO

Ya le rispondiré a su tiempo, maña; que no

me gusta atropellar las cosas. A la calle me voy a rumiar bien to lo que llevo en la cabeza. Aquí se queda usté... y piense como yo en to lo que ha pasau.

MANOLICA

Conformes.

PACORRO

Usté se cierra en que de sus brazos no arrancan al chico.

MANOLICA

Sí, siñor.

PACORRO

Y yo en que hi de cumplir mi juramento.

MANOLICA

Sí, siñor.

PACORRO

¡A Crespulín no lo vamos a hacer piazos!

MANOLICA

¡No, siñor!

PACORRO

Pero como lo que es de uno pué ser de dos lo mesmo...

MANOLICA

Sí, siñor.

PACORRO

Y más si es un chico, que nunca se ha visto que sea de uno solo...

MANOLICA

¡No, siñor!

PACORRO

Y como usté tira por la madre, y yo por el padre, y usté que no afloja... y yo que no suelto... pus junte usté y baraje usté toas estas cosas que himos hablau y las que no himos hablau tamién... ¡y mañana golveré yo por la rispuesta!

MANOLICA

No acabo de entendélo, Pacorro.

PACORRO

¿Conque no? ¡Pus ya dará usté en ello, maña! Madre y agüela tié usté.

MANOLICA

Madre y agüela tengo, justamente.

PACORRO

¡Vamos, que apencar con dos suegras!...

MANOLICA

¿Qué mermura usté?

PACORRO

Na; que se me escapaba la ideica sin sentílo. Hasta mañana, capullico de rosa.

MANOLICA

Hasta mañana, güen amigo.

PACORRO

¿Qué coplica estaba usté cantando cuando yo llegué?

MANOLICA

No me ricuerdo ahura.

PACORRO

¿No se ricuerda y me mira usté con el rabillo del ojo?

MANOLICA

Pus no me ricuerdo.

PACORRO

De matrimonio y de baño me paíce que era.

MANOLICA

Pué ser que juá ésta, entonces:

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente,

porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

PACORRO

¡Ridiez! ¡Tos los tiricos van al blanco! Hasta mañana, Manolica.

MANOLICA

Pacorro, hasta mañana.

PACORRO

Adiós. Se va, mirándola siempre. Manolica cierra la puerta.

MANOLICA

¡Güeno, güeno; Crespulín va a enredar las cosas! Porque ya comprendo la ideíca, ya. Me ha dejau confusa ese hombre. Y no es mal plantau. Y malos sentimientos no paíce tener. ¡Vaya, vaya; yo no duermo esta noche! Se acerca de nuevo a la pila y sigue maquinalmente su faena. Dentro se oye de pronto cantar la siguiente jota, con voz entera y varonil. Manolica, sorprendida, suspende su trabajo y se pregunta: ¿Quién canta?

VOZ

Déjame con la ilusión,
maña, que te mande un beso,
porque me da el corazón
que himos de parar en eso.

MANOLICA

¿Pero es Pacorro? Encamínase hacia la puerta a tiempo que Pacorro asoma la cabeza por cima de la tapia.

PACORRO

¿Qué le ha paicido la coplica?

MANOLICA

¡Que tié usté muy poca pacencia!

PACORRO

La letrica me la enseñó mi padre. La voz es de un amigo que me ha acompañau dende el pueblo.

MANOLICA

Entonces, ¿qué es lo que ha puesto usté?

PACORRO

¡La intinción de cantála!

MANOLICA

No es poco.

Se ríen.

PACORRO

No es poco, no. ¡Me paice que la ha hecho güena el defunto! ¿Qué le paice a usté?

MANOLICA

¡Allá lo veremos mañana!

PACORRO

¡De aquí a entonces!

MANOLICA

¡Adiós!

PACORRO

¡Adiós! Se retira.

MANOLICA

Al público.

Se marcha confitadico
en que hi de queréle yo...
Y ha sido un probe angelico
que está en el mundo solico,
el ñudo que nos ató.

FIN

Madrid, Marzo 1911.

HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

ENTREMÉS

PERSONAJES

MANOLITA. ENRIQUE.

CEROTE.

HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

Rincón de un patio de casa de vecinos en Sevilla. A la derecha del actor la puerta de la calle. Al foro la del cuarto de Manolita. Es por la mañana, en un buen día del mes de Octubre.

MANOLITA, sentada delante de su vivienda, cose. Es un pimpollo a quien no se le ve la nariz cuando cierra los ojos porque lo impiden las pestañas.

MANOLITA

Canturreando.

Dises que no la quieres
ni vas a verla,
pero la vereíta
no cría yerba.

Mirando hacia la izquierda.

Ayí viene ya er sapatero. ¿Por qué le yamarán *Serote?* Porque pegajoso no es. A mí me hase grasia. Me hase grasia; de eso que no pué remediarse. ¡Tiene una espesie de guasa con tanta

sombra!... Siempre que sale pa entregá, y me encuentra a la puerta, me ha de desí lo mismo: Imitando a Cerote. «¡Y zin ojos!» No es que tenga na de particulá la ocurrensia; pero a mí me cae en grasia. «¡Y zin ojos!» Lo que es la simpatía.

Sale CEROTE, oficial de zapatero, por la izquierda. Lleva en la mano, en un pañuelo cogido por los cuatro picos, algún calzado, obra de su arte: ¡quién sabe si unos zapatos de hebilla para un canónigo, o dos estuches para los pies de una sevillana! Al pasar ante Manolita no puede reprimir la habitual expresión de su entusiasmo.

CEROTE

¡Y zin ojos!

MANOLITA

¿Ha visto usté qué desgrasia, *Serote?*

CEROTE

Desde la puerta de la calle.

¡Y zin ojos!

MANOLITA

¿Qué le vamos a hasé? Se va Cerote y ella se ríe. ¡Na; de ahí no sale! Y a mí me da risa. Tiene grasia de puro pesao. ¡Vaya con *Serote!* ¿Por qué le yamarán *Serote?*

Volviendo a su canto.

...Ni vas a verla,
pero la vereíta
no cría yerba.

De improviso, mirando otra vez hacia la izquierda y con gracioso enojo.

¡Ea! ¡Er vesinito nuevo! ¡Jesús qué niño! ¡Qué reventante es! Un mes yeva ya en er corrá y no me ha dao los güenos días. Se ha tragao la vara e medí. Míalo, míalo a é; más serio que un ajo. Con toa la cara de un ladriyo. Hasta la manera de andá que tiene es esaboría. Lo que es yo, si en Seviya no hubiera más hombre que éste, iba a dá en las Reparadoras. ¡No quieo verlo; me van a hasé daño las uvas *luises* que he tomao!

Se levanta violentamente y se entra en su casa. Sale por la izquierda el vecino nuevo, ENRIQUE, revisando unos papeles de su cartera, la cual se guarda luego. Viste a lo artesano andaluz. Su aire es, efectivamente, serio y adusto.

ENRIQUE

Ya se metió dentro la niña e la casera. Se creerá que me la vi a comé. Pué está tranquila: no me gustan las tortas de aseite. ¡Camará si es *hartible* la criaturita! ¡Lástima y no tuviera un hermanito que se le diera un aire, pa haserle un pie agua!

Se marcha a la calle ensimismado.
En seguida aparece MANOLITA.

MANOLITA

Es contra mis nervios: no lo pueo resistí. Míalo: hasta de espardas tiene mal ange. ¿Y qué hase ahora? Ya sacó la cartera otra vez. ¡La *preponderansia* que se dá é con su cartera! Tos los días la tiene que sacá diez o dose veses. ¡Y eso estaría güeno pa er reló, pero pa la cartera!... Disen que es pintó de una litografía. ¡Habrá que mirá lo que pinte! ¿Qué le pasa? Argo se le ha perdío. ¡Claro, con ese trajín de la cartera!... To se le güerve mirá pa er suelo... ¿Y echa otra vez pa cá? ¡Cabalito! ¡Güeno, pos yo ahora no me voy; no vi a está de entra y sá porque a ér le dé la gana! Torna a su silla, en la que se sienta después de dar con rabia un golpe en el suelo, y sigue su labor, no disimulando su inexplicable contrariedad. Apenas coge la aguja se pincha un dedo y se lo chupa. ¡Ay!

Vuelve ENRIQUE buscando con gran interés por el suelo lo que sin duda alguna ha perdido.

ENRIQUE

De mi cuarto a la caye ha tenío que sé. ¡Por vía der demonio! ¡También sería desgrasia perderla!

Se detiene un momento en aquella parte del patio, y desaparece por la izquierda en la misma actitud.

MANOLITA

Me alegro, me alegro y me alegro. ¡Por rete-

cargante! ¿Y qué será lo que ha perdío? ¿Argún retrato? No, no pué sé; por chico que fuera, aunque no fuera de cuerpo entero, se vería. ¡Ah! ¡Ya sé lo que es! ¡Es una medayita! Desde aquí la veo: ayí reluse. Busca, busca, que lo que es ahí vas a dá con eya. Ya güerve pa acá. ¿Se lo digo? No. Sí. No. ¡Por antipático! ¡No se lo digo!

ENRIQUE, realmente afanado en buscar la medalla, sale de nuevo.

ENRIQUE

¡Várgame Dios! Pos me espera un dijusto más que regulá si no parese. Manolita, medio compadecida al cabo, trata de indicarle con un movimiento repetido de ojos primero y luego de cabeza, el sitio donde está lo que busca. Él, cuando lo advierte, se figura que es burla de la muchacha y se le encara con enfado. Niña, ¿no tiene usté un mono pa reirse con é?

MANOLITA

¿Ah, sí? ¿Habráse visto eriso? ¿De manera que quería desirle en dónde está la medayita y me suerta usté ese desagrado? ¡Pos ahora se va usté a sartá los ojos, si quiere, hasta dá con eya! Vuelve a su costura llena de indignación y coraje, y se pincha de nuevo. ¡Ay!

ENRIQUE

¿Se ha pinchao usté?

MANOLITA

No, señó; ha sío usté er que se ha pinchao.

ENRIQUE

¡Qué genio, hija!

MANOLITA

¡Como que usté pué asustarse der genio! ¡Es usté una piedra de afilá!... Si le arrimo las tijeras sartan chispas.

ENRIQUE

¿Desía usté que ha visto por aquí...?

MANOLITA

Canturreando sin hacerle caso.

Sube, Mariana, sube,
por aqueya montañita arriba, sube...

ENRIQUE

¿Qué hase usté, niña?

MANOLITA

¡Desirle a Mariana que suba! ¿No lo oye usté?

ENRIQUE

¿Cómo?

MANOLITA

¡Divertirme con er mono que tengo!

ENRIQUE

¡Güeno estál...

Continúa buscando la medallita.

MANOLITA

Frío, frío, frío...

ENRIQUE

Niña, yo no le he dao a usté confiansas.

MANOLITA

Ni yo me las he tomao, señó. No he dicho más que frío, frío, frío, porque se me ha venío a la boca. Como hubiera podío desí caliente, caliente, caliente. Enrique la mira amostazado sin contestarle, y sigue buscando. ¡Sí que tiene usté güena vista! ¿Y usté es pintó? Vuelve a mirarla Enrique. Pintará usté puertas: toas de un coló de arriba abajo. Nueva mirada del mocito. ¿Por qué no echa usté un fósforo? ¿Quié usté una vela? Na; no hay más remedio: una perra gorda a las Ánimas, o no parese. A poco se levanta nerviosa, sin poder contenerse más tiempo, coge del suelo la medallita, que es diminuta, y se la muestra a Enrique. ¡Místela, hijo, místela! Fijándose en ella. ¡Ay, qué bonita es! San Antonio bendito. La limpia y la besa. Tómela usté ya.

ENRIQUE

Muchas grasias.

MANOLITA

No las merese.

ENRIQUE

Usté no pué carculá er favó que me ha hecho.

MANOLITA

Lo selebro tanto. *Viendo que Enrique va a besar también la medallita.* No la bese usté, no sea que yo tenga arguna enfermedá que se pegue y vaya usté a cogerla; que sería un doló.

ENRIQUE

No hay cuidao.

Besa la medalla y se la guarda.

MANOLITA

Pos nadie lo diría.

ENRIQUE

¿Por qué?

MANOLITA

¿Por qué ha de sé? Porque pasa usté tos los días por mi puerta como si hubiera peste.

ENRIQUE

¿Yo?

MANOLITA

Usté. Sin dá siquiera los güenos días.

ENRIQUE

Los güenos días no los doy, porque apenas me ve usté vení se mete dentro.

MANOLITA

Yo me meto dentro porque me choca mucho la manera que tiene usté de pasá. Pasa usté así... como si hubiera cogío una mala postura en la cama...

ENRIQUE

Eso es según usté lo mira. Lo que es que yo no soy de esos hombres que le dan palique a un gato que se encuentren.

MANOLITA

Ya me yamó usté gato. ¡Qué fino!

ENRIQUE

Como ese sapatero de ahí, que ha de desirle argo a to er que pasa por la vera suya.

MANOLITA

¿Quién? *¿Serote?* ¡Ya quisiera usté pareserse a *Serote!* «¡Y zin ojos!»

ENRIQUE

¿Qué?

MANOLITA

Na. Cosas mías.

ENRIQUE

Pos está usté equivocá; yo no quiero pareserme a *Serote*.

MANOLITA

¡Jesús, qué orguyoso!

ENRIQUE

Ni orguyoso ni humirde; que no me quiero paresé.

MANOLITA

¿Envidia o caridá, vesino?

ENRIQUE

Como no le envidie er güen humó; lo que es er garbo...

MANOLITA

El humó de usté es pa envidiarle er suyo a cuarquiera.

ENRIQUE

Motivos me sobran pa que no sea güeno, hija mía.

MANOLITA

De toas maneras, a la legua se ve que es usté seriesito.

ENRIQUE

Un payaso no soy. Ni ganas. Pero además, niña, nadie está en la vida de nadie, ni nadie sabe de nadie, ni nadie vive dentro de nadie pa podé nadie desí na de nadie.

MANOLITA

¿Sabe usté que no es usté nadie?

ENRIQUE

Yo vivo aquí solo, como usté ha visto.

MANOLITA

Yo no he visto na.

ENRIQUE

Ha podío usté verlo. Tengo a mi padre en Mairena, dándole na más que dijustos a mi madre; aquí en Seviya tengo a una hermana mar casá, sin otro consuelo que er mío; mi hermaniyo er chico está en la guerra pasando er Purgatorio—está medayita me la ha mandao mi madre pa é—; y en la litografía donde trabajo hay un maestro ar que voy a tené que pegarle dos gofetás... ¡Y con to esto ensima quié usté que sarga yo de mi cuarto pa la caye y que le dé a usté los güenos días con unos pasitos de seviyanas!

MANOLITA

Na de eso quiero yo. Ni sabía de toas esas desgrasias tanto así. Es usté un *seniso*.

ENRIQUE

No me fartan pesares, mosita, como está usté oyendo.

MANOLITA

¿Quién se lo podía figurá? A una como lo que le sobran son motivos pa está contenta...

ENRIQUE

Dios se los conserve a usté hasta la fin der mundo.

MANOLITA

Muchísimas gracias.

ENRIQUE

Usté vive en la gloria. Con que tos los días ar levantarse se mire usté al espejo, ya no hay penas pa usté.

MANOLITA

Grasias.

ENRIQUE

Tiene usté unas pestañas pa tomá er fresco en er verano debajo de eyas.

MANOLITA

Grasias. Gana usté mucho con er trato.

ENRIQUE

Y usté también. La verdá sea dicha: no era

usté santo de mi devosión. Me paresía usté mu fantesiosa.

MANOLITA

¿Fantesiosa yo? ¿Yo fantesiosa? ¿Fantesiosa ha dicho usté? ¿Qué tengo yo de fantesiosa?

ENRIQUE

La fachá cuando menos. Empesando por la nariz, que no pué sé más insolente.

MANOLITA

Acariciándosela con gracia.

Te han yamao insolente.

ENRIQUE

Y yo desía pa mí: la niña e la casera es guapa...

MANOLITA

Der montón.

ENRIQUE

Pero despide las visitas.

MANOLITA

Lo mismo, lo mismo que yo desía de usté ar verlo siempre tan cayao: er vesino nuevo se debe de alimentá con inyersiones, pa no abrí la boca.

ENRIQUE

Y los dos nos habemos engañao.

MANOLITA

No, pos mu charlatán tampoco me lo parese usté.

ENRIQUE

Cuando estoy a gusto sí que charlo. ¿No charlo ahora?

MANOLITA

Ahora sí.

ENRIQUE

Porque me encuentro a gusto.

MANOLITA

¿Es de verdá?

ENRIQUE

Me ha pasao lo que le pasa a uno cuando yeva frío y se mete en una habitasión donde hay camiya. Vamos, donde hay copa. Se nota un calorsito...

MANOLITA

¿Pero hay copa aquí?

ENRIQUE

Hay lo presiso pa ensenderla. Candela no farta. ¡Vaya dos ojos que tiene usté, vesina!

MANOLITA

¡Cuando digo que gana usté mucho con er trato! Es usté otro hombre. ¿Qué le armira a usté de los ojos?

ENRIQUE

No sé... Una grasia espesiá... un briyo de nuevos... ¿Los estrena usté hoy?

MANOLITA

No, señó; los estrené hase años. Sino que son de un coló que no pierde. ¡Y qué me alegro yo de que sea usté así! Me daba a mí muchas veses sentimiento. A mi madre se lo dije un día. Pregúnteselo usté: ¡qué lástima que un hombre tan *sombrón* y tan antipático tenga tan güen tipo!

ENRIQUE

¿Hasta antipático le era a usté?

MANOLITA

¡Uh! Argunos días lo hubiera insurtao. Sobre to los domingos. La corbatita colorá y er pañuelo de seda desmayao ar borde'er borsiyo, me asesinaban. ¡Y siempre tan reservao y tan serio!

ENRIQUE

Pos ya está usté enterá de por qué soy una cosa y otra. Es cuestión de *carártere*. Genio y figura... Cuando se nase con un *carártere*, se vive

con ese *carártere* y se muere uno con er mirmo *carártere*. Sobre que si se tienen cosas güenas que contá, pué uno í por las cayes pregonándolas, sea er que sea su *carártere;* pero si no se tienen más que penas y sinsabores, crea usté que lo mejó es cayá y pasárselos uno solo.

MANOLITA

Los sinsabores como las penas, disen que contándolos hayan alivio.

ENRIQUE

Eso disen; pero ha de sé contándolos a quien los quiera oí; a quien no vaya a burlarse de eyos.

MANOLITA

¿Y quién hay capá de burlarse de semejante cosa? Yo de las penas de usté en jamás me hubiera burlao.

ENRIQUE

Eso era pa saberlo.

MANOLITA

Pos ya se lo ha dicho a usté quien bien me conose.

ENRIQUE

Y no se me orvida.

MANOLITA

¿Tiene usté memoria?

ENRIQUE

Como to er que es agradesío.

MANOLITA

Me gusta eso.

ENRIQUE

Y tan solo como vivo aquí, y usté tan amable, usté verá cómo no es éste el úrtimo ratito de palique que echamos.

MANOLITA

Y así se empiesan muchos melones.

ENRIQUE

¿Qué?

MANOLITA

Na; un dicho der pueblo de mi madre, que es de Benacasón.

ENRIQUE

¿Entonses, aqueyo de la antipatía...?

MANOLITA

Borrao.

ENRIQUE

¿Aqueyo de mi reserva, y de mi orguyo, y de mi fachenda...?

MANOLITA

Borrao. ¿Y aqueyo de mi fantesía y de la insolensia de mis narises?...

ENRIQUE

¡Borrao der to! ¡Insolente la nariz de usté! ¡La nariz de usté es una pobresita esclava... vigilá por dos negros!

MANOLITA

¡Vaya! Hablando se entiende la gente.

ENRIQUE

Así son las cosas de este mundo.

MANOLITA

¡Miste yo tan amiga der vesino nuevo!

ENRIQUE

¡Miste yo de charla con la niña de la casera! ¿No hay pa reirse?

MANOLITA

¡Pos ríase usté ya, hijo, que toavía no ha roto der to! ¡Y yo no soy dos cuartos de sar sosa!

Los dos sueltan la carcajada.

ENRIQUE

¿Está usté contenta?

MANOLITA

A Dios grasias.

ENRIQUE

¿Somos amigos?

MANOLITA

Lo somos.

ENRIQUE

Yo me voy ar trabajo como nunca. En güena hora perdí la medaya de San Antonio.

MANOLITA

Y en güena hora la vi yo.

ENRIQUE

Y en güena hora le dió usté un beso.

MANOLITA

Y usté otro.

ENRIQUE

Juntito ar de usté. No ha estao malo er punto de sita.

MANOLITA

A sabé si habrá sío San Antonio quien ha hecho este milagro.

ENRIQUE

A sabé. Ér tiene arguna costumbre de estas cosas.

MANOLITA

Y no se da maliyas trasas.

ENRIQUE

¿Hasta luego?

MANOLITA

Hasta luego.

BNRIQUE

¿La mano?

MANOLITA

La mano. Se la estrechan y no hallan momento de soltarse. Suerte usté ya, que va usté a yegá tarde a la litografía. Y er maestro tiene malas purgas.

ENRIQUE

¡Hoy me sarto yo ar maestro a la piola! Con Dios.

MANOLITA

Con Dios. Deteniendo a Enrique, ya en la puerta. Sss... sss... Que se me orvidaba. ¿Cómo se yama usté?

ENRIQUE

Es verdá: yo, Enrique.

MANOLITA

Recreándose en el nombre.

¡Enrique!

ENRIQUE

¿Y usté?

MANOLITA

Yo, Manolita.

ENRIQUE

Lo mismo que ella.

¡Manolita!

MANOLITA

¿Enrique qué?

ENRIQUE

Enrique Ortega. ¿Y usté Manolita qué?

MANOLITA

Manolita Sepero. ¿Enrique Ortega qué?

ENRIQUE

Enrique Ortega Caravaca.

MANOLITA

Y yo Manolita Sepero Muriyo.

ENRIQUE

¡De la familia de Muriyo tenía usté que vení por su madre! Güenos días.

Se va mirándola.

MANOLITA

Güenos días.— ¡Otro hombre! ¡otro hombre! ¡Vaya un muchacho fino, y bien educao, y con asiento en lo que dise, y con salías bonitas, y simpático por toas partes que una lo vea! ¡Otro hombre! ¡otro hombre!

En este oportuno momento regresa CEROTE. Y es claro que al pasar junto a Manolita le espeta la consabida exclamación.

CEROTE

¡Y zin ojos!

MANOLITA

Encarándosele de mal temple.

¡Ave María! ¿Pero no se le ocurre a usté más que eso? ¡Cuidao con er sapatero si es chocante! «¡Y zin ojos!» «¡Y zin ojos!» ¡Y a toas horas lo mismo! ¡Pos sí que tengo ojos, pero no son pa mirarlo a usté! ¡Vaya!

CEROTE

Absorto ante el inesperado roción.

Güeno, niña, güeno: usté dispenze.—¿Y yo

que creía que le hacía mucha gracia lo de «¡Y zin ojos!»? ¡No hay quien entienda a las mujeres!

Se va por la izquierda.

MANOLITA

¡Er demonio'er tío! ¡Con un oló a beserro mate que no hay quien lo sufra! ¡Mía que es soso y que tiene mal ange! Ya sé yo por lo que le disen *Serote*. ¡En cambio Enrique Ortega Caravaca está sembrao!

Al público.

Ahí va mi consejo, si valen consejos
de una jovensiya sin seso aparente:
a nadie en er mundo se juzgue de lejos:
yo he visto que hablando se entiende la gente.

FIN

Fuenterrabía, Octubre 1912.

¿A QUIEN ME RECUERDA USTED?

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

JOAQUINITA. LUCIANO.

PEPÍN.

¿A QUIÉN ME RECUERDA USTED?

Gabinete elegante y espléndidamente alumbrado, en casa de unos ricos burgueses, en Madrid.

La casa arde en fiestas. Lejos, en el salón, se baila un tango de última moda. El eco de la música llega vagamente a la escena.

Sale PEPÍN, como quien viene buscando un refugio, y da un vistazo al gabinete. En seguida se asoma a la puerta por donde ha salido y llama a JOAQUINITA, que obedece a su voz. PEPÍN es un saltamontes de frac, y JOAQUINITA una mariposa escotada.

PEPÍN

Aquí, Joaquinita. Pasa aquí. Esto está enteramente solo.

Aparece la lindísima JOAQUINITA.

«fatigada del baile,
encendido el color, breve el aliento...»

JOAQUINITA

¡Ay! No puedo más, Pepín. ¡Qué cansancio! ¡Qué bullicio y qué atmósfera en el salón!

Se sienta, abanicándose. Respira a gusto. El seno le sube un centímetro sobre su nivel ordinario.

PEPÍN

Sí; naturalmente... La danza... los perfumes embriagadores... el discreto galante... la juventud... el amor... los violines... Todo sofoca.

JOAQUINITA

Estoy rendida. Estas fiestas de estos señores son inolvidables... pero debían tener un *completo* para echarlo a tiempo, como los tranvías. En el salón hay más gente de la que cabe.

PEPÍN

¿Sí, eh? Pues asómate al comedor y ya verás un lleno. No hay palcos ni butacas. ¡Y cada punto!...

JOAQUINITA

¡Toma! Los hay que vienen a devorar.

PEPÍN

Dios sabe a lo que vienen. Esta noche no pierdo de vista a Rodolfo Chico. Siempre que paso por el comedor me lo encuentro con un emparedado en la mano.

JOAQUINITA

¿No será el mismo, tú?

PEPÍN

No; porque no están haciendo fotografías.

Cesa la música allá dentro.

JOAQUINITA

Ya concluyó el baile. Quiera Dios que a nadie se le ocurra venir en mi busca. Necesito estar sola un rato largo.

PEPÍN

¿Te dejo yo también?

JOAQUINITA

Hombre, Pepín, tú no eres nadie para el caso.

PEPÍN

¡Joaquinita!

JOAQUINITA

Entiéndeme, simple.

PEPÍN

Bueno; pues a pesar de la confianza y de no ser nadie, el próximo vals es para mí.

JOAQUINITA

Ya te lo he prometido.

PEPÍN

¡Soy dichoso!

JOAQUINITA

¡Jesús, lo que te gusta bailar!

PEPÍN

Contigo, Joaquinita. ¿Y a ti qué te ocurre, que te ha entrado de golpe este deseo de soledad y de alejamiento?

JOAQUINITA

Que me he puesto nerviosa, Pepín... que estoy muy excitada.

PEPÍN

¡Malo! ¿Moritos en la costa, amor mío?

JOAQUINITA

No seas estúpido. Déjame ahora de... ¿Cómo se llama ese muchacho que antes me presentaste?

PEPÍN

¡Chica! ¿Otra vez? ¡Me lo has preguntado ya cuatro! Apúntalo. Luciano Federico, se llama.

JOAQUINITA

¡Ah! Luiciano Federico. Yo decía para mí Federico Luciano. ¿De la carrera diplomática?

PEPÍN

Consular. Pero me sorprende tu interés, porque no te he visto hablar con él ni cinco minutos.

JOAQUINITA

Es cierto. Me lo presentaste, cambiamos un cumplido... y se apartó de mí. Pero desde entonces, me siguen dondequiera sus ojos, como los de un duende. Si te dijera que me he metido en este rincón algo preocupadilla...

PEPÍN

Te advierto que está barrenado.

JOAQUINITA

¡No me asustes!

PEPÍN

El *romántico* le llaman en el ministerio.

JOAQUINITA

¿Sí?

PEPÍN

Es de estos que miran a la luna y se echan a llorar... y luego le hablan de usted a un cochero de punto.

JOAQUINITA

¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

PEPÍN

Un romántico, ya te digo. Todos los que llevan la vida un poco errante y un poco solitaria, son siempre raros y melancólicos... Yo no caso con ellos. ¡Ahí viene él!

JOAQUINITA

Con sobresalto.

¿Que viene?

PEPÍN

Sí. ¿Nos vamos nosotros?

JOAQUINITA

No...

PEPÍN

Como querías estar sola un rato...

JOAQUINITA

Hombre, sola... sola... Vete tú, si quieres...

PEPÍN

¿Que me vaya yo? ¿Estorbo?

JOAQUINITA

No, pero...

PEPÍN

¿No, pero?... ¡Estorbo!

JOAQUINITA

¡Qué majadero eres!

PEPÍN

¿Majadero además? ¡Sí que tengo una nochecita! O no soy nadie, o soy un majadero que estorba. Pero el primer vals es para mí.

JOAQUINITA

Dicho.

PEPÍN

Dicho.

Lo tararea y lo inicia gozoso.

JOAQUINITA

¡Qué payaso!

Llega LUCIANO, y al verlo danzar, se detiene en la puerta preguntándole:

LUCIANO

¿Estorbo, Pepín?

PEPÍN

Ese verbo conjugábamos ahora mismo Joaquinita y yo. ¡Y yo soy quien estorba!

JÓQAUÍNITA

Incomodada.

¡Pero qué majadero eres! ¿No es verdad que es un majadero?

LUCIANO

Lamento no pensar como usted, señorita. ¡Pepín es un hombre muy listo!

PEPÍN

Gracias.

LUCIANO

La prueba es que estaba, lejos del mundanal ruido, hablando aquí a solas con la criatura más bonita que hay en toda la casa.

PEPÍN

¿Ves cómo es un romántico?

LUCIANO

Bien sabe él que una flor tiene mayor encanto, no entre mil, sino en lugar donde ella sola luzca y perfume el aire.

JOAQUINITA

Ruborosa.

Por Dios...

PEPÍN

¡Lo dicho: un romántico!

LUCIANO, sin hacer el menor caso a PEPÍN, coge una silla y se sienta al lado de JOAQUINITA.

¡Un romántico que no pierde el tiempo!

LUCIANO

¿Qué?

PEPÍN

Nada.

Pausa embarazosa.

LUCIANO

¿De manera que, cuando yo vine, estaban ustedes conjugando el verbo estorbar?

PEPÍN

Rápidamente.

No te ocupes: no hay que salir de la primera persona del presente de indicativo: yo estorbo.

Vase de estampía. Ríen JOAQUINITA y LUCIANO.

JOAQUINITA

¡Qué majadero es! Pero ¿se va de veras? Llamándolo. ¡Pepín!

LUCIANO

¿Tal vez he sido yo importuno?

JOAQUINITA

No; no...

LUCIANO

¿Hablaban ustedes...?

JOAQUINITA

De nada interesante, no...

LUCIANO

Pues ¿por qué siente usted que se vaya?

JOAQUINITA

Con enfado cómico.

¡Porque es un majadero!

LUCIANO

Ese más bien es un motivo para alegrarse...

JOAQUINITA

Mirándolo.

Sí. Repentinamente alarmada. Bueno, yo me marcho al salón.

LUCIANO

¿Detrás de Pepín?

JOAQUINITA

¡Qué disparate!

LUCIANO

Pues parecerá que sigue usted sus pasos.

JOAQUINITA

Es que mamá me echará de menos.

LUCIANO

Está muy distraída. ¡Qué guapa y qué simpática es su mamá!... No se marche usted... me atrevo a suplicárselo... Digo, a menos que...

JOAQUINITA

No; no... Interés de otra clase, ninguno...

LUCIANO

¿En quedarse aquí?

JOAQUINITA

En irme al salón.

LUCIANO

Entonces, Joaquinita—permítame que la trate con esta confianza—, insisto en mi súplica: no se marche usted al salón. Yo deseo hablar con usted; sincerarme.

JOAQUINITA

¿De qué, amigo mío?

LUCIANO

De mi extraña conducta... Usted creerá que soy un mal educado.

JOAQUINITA

No...

LUCIANO

Me presentó ese muchacho a usted... me asaltó en aquel momento una idea... y ya no acerté a decirle palabra: ni una galantería, ni una flor... Y usted habrá pensado: ¿para qué se ha hecho presentar a mí este monote?

JOAQUINITA

No, señor.

LUCIANO

¿No ha pensado usted eso?

JOAQUINITA

Lo de monote, no. Sí le confieso a usted que en un principio me creí que iba usted a pegar la hebra... y a no soltarla. Traía usted cara de hablador. Pero me llevé chasco. Enmudeció usted de repente, y empezó a mirarme desde todos los sitios sin pronunciar palabra: como si fuera usted un *detective* y yo hubiera robado un collar de perlas. Perdóneme usted que se lo diga: ha estado usted hecho un personaje de película.

LUCIANO

Un monote: ya lo he dicho yo antes.

JOAQUINITA

Sí; pero hay monotes de monotes. Un monote con unos ojos...

LUCIANO

Gracias.

JOAQUINITA

No, señor, no; si no es piropo ni mucho menos — ¡pues no faltaría más!—. Digo con unos ojos que me daban espanto. Y como Pepín me ha advertido...

LUCIANO

Golpeándose de improviso la frente.

¡Ah!

JOAQUINITA

Asustada.

¿Qué?

LUCIANO

¡Ya está aquí!

JOAQUINITA

Gritando y huyéndole luego.

¡Ay!... ¡Mamá!

LUCIANO

¡No se vaya usted, Joaquinita! Dispénseme usted. ¿Le he dado a usted un susto?

JOAQUINITA

Deteniéndose sobrecogida y mirándolo con gran recelo.

Sí... la verdad... Creo que sería inútil que lo negara...

LUCIANO

Observándola.

Y todo en vano; porque no, no, no...

JOAQUINITA

Tiemblo todavía, ya lo ve usted...

LUCIANO

¡Vaya por Dios! Le pido a usted perdón de rodillas...

JOAQUINITA

Impidiéndole hincarse.

¡No!

LUCIANO

Bueno; ¡de rodillas el alma!

JOAQUINITA

Eso ya es otra cosa.

LUCIANO

Y ahora voy a explicarle a usted mi grito y todo lo demás. Lo que me pasa, Joaquinita, es que, desde que he tenido el gusto de conocerla a usted, estoy desazonado, inquieto, nervioso, con una curiosidad febril. Persigo una imagen en mi memoria, y no doy con ella. ¿A quién me recuerda usted?

JOAQUINITA

Desencantada.

Ah, ¿de manera que me mira usted tanto porque le recuerdo a otra persona?

LUCIANO

¡Sí!

JOAQUINITA

¿Sí? ¡Pues buenas noches!

Hace ademán de irse.

LUCIANO

¿Se molesta usted?

JOAQUINITA

No... Pero lo dejo a usted aquí solo, para que se abstraiga y haga memoria.

LUCIANO

Comprenda usted, amiguita mía, que no hay en ello, ni en que yo lo declare paladinamente, mortificación alguna para usted, ni el menor desaire a sus encantos, que son infinitos. Ni en sueños, donde la voluntad no rige, soy yo capaz de tan imperdonable descortesía. Es natural que si usted, tan linda, tan espiritual, tan simpática, tan gentil, tan amable, tan seductora, me recuerda a otra persona que he visto alguna vez, esa

persona tiene que ser un dechado de perfecciones; criatura más divina que humana...

JOAQUINITA

Como disculpa no está mal, y yo la estimo... Pero ¡si viera usted qué poquita gracia tiene ser un espejo de nadie! Aunque sea del sol. Además de que, en eso de los parecidos, suceden cosas muy desagradables y muy extrañas. ¿Cuántas veces no se dice de una mujer, que es la Venus de Milo: «Señor, cómo es posible que esa muchacha tan hermosa sea un retrato de su papá, que es un elefante»? Pues, sin embargo, ¡se parecen como dos gotas el elefante y la Venus de Milo! Mire usted: yo tengo un hermanito recién casado, mortificadísimo con la idea de que le nazca un hijo igual a su suegro, que es un jabalí. Este Carnaval, ya de noche, le dijo un guardia que se quitara la careta.

LUCIANO

¡Ja, ja, ja!

JOAQUINITA

Y yo estoy segura de que le nace otro jabalí. Basta que tenga esa obsesión. Y se parecerá a la par a la mujer, tan guapa, y al suegro, tan feo; que es lo absurdo,

LUCIANO

Pero posible.

JOAQUINITA

¡Vaya si es posible! Me da usted la razón, por lo visto.

LUCIANO

Sí; pero salvando el caso presente. Lo que usted dice es cierto: esos fenómenos suelen darse. A lo mejor una tobillera de frente pálida y bucles de oro, le recuerda a usted a un sastre de portal o a un cura de pueblo. Pero usted no... usted no... ¡Si es al revés, precisamente!... ¡Si hace falta lo juro, Joaquinita! Usted... usted... Porque la visión continúa, la preocupación sigue, el cosquilleo de la memoria no me deja... ¿A quién me recuerda usted?

JOAQUINITA

Tiene gracia.

LUCIANO

¿Qué tiene gracia?

JOAQUINITA

Sonriéndose.

Sí... sí tiene gracia...

LUCIANO

¡Pues yo estoy sufriendo horriblemente!

JOAQUINITA

Pues tiene gracia... porque a mí me está pasando ya lo mismo con usted.

LUCIANO

¿Ah, sí?

JOAQUINITA

Usted también me recuerda a mí a alguien... ¡Vaya! ¡Ya lo creo! ¿A quién me recuerda usted?

LUCIANO

¡Qué casualidad!

Se observan analizándose mutuamente.

JOAQUINITA

Más que en la cara sola es el conjunto, en el aire...

LUCIANO

No, pues usted a mí, más bien es en la cara que en otra cosa...

JOAQUINITA

Los modales... los gestos...

LUCIANO

Esos ojos... esa boquita... esa risa...

JOAQUINITA

No es todo el aire, no... Un poquito también la nariz... el cabello...

LUCIANO

Y usted a mí... No es sólo la cara: es la persona entera... es el garbo... es la gracia particular...

JOAQUINITA

¿A quién es, Dios mío?...

LUCIANO

¿A quién es?... ¿A quién es?...

JOAQUINITA

¡Ah... sí! No, no...

LUCIANO

¡Aguarde usted!... ¡Sí! ¡No!... Creí ya tenerla... Pero no, no...

JOAQUINITA

Sí...

LUCIANO

No...

JOAQUINITA

¡Ah! ¡Ahora sí! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya di con el mío!

LUCIANO

¿De verdad?

JOAQUINITA

De verdad. ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ay, cómo se descansa!

LUCIANO

Sí que tiene usted suerte. ¿Y a quién le recuerdo, se puede saber?

JOAQUINITA

No me atrevo a decírselo.

LUCIANO

¡Caramba! ¿Es a algún trapero?

JOAQUINITA

No; nada de trapos... Es a una persona muy distinguida.

LUCIANO

¿Sí?

JOAQUINITA

A una verdadera monada...

LUCIANO

Y, si es así, ¿por qué no se atreve? Vamos,

dígamelo. No sea usted traviesa, Joaquinita. ¿A quién le recuerdo?

JOAQUINITA

Tímidamente.

A un busto de cera con *smoking* que hay en una peluquería de frente a mi casa, y que saluda automáticamente con el bisoñé.

LUCIANO

¡Bah! ¡Se está usted burlando de mí!

JOAQUINITA

¡No, señor!

LUCIANO

¡Sí, señora!

JOAQUINITA

Bueno: un poquito... De su desazón... de sus nervios... Pero dígame usted, desmemoriado: ¿no será todo ello que me haya usted visto antes de ahora en otra parte, y me recuerde usted a mí misma? Porque también eso tendría gracia.

LUCIANO

Es posible. Me da usted una idea salvadora... Es posible, es posible... En algún viaje, en algún balneario...

JOAQUINITA

De los balnearios prescinda usted: no he ido a ninguno... todavía.

LUCIANO

Espere, espere usted... Indaguemos. ¿Usted ha estado en Londres?

JOAQUINITA

No.

LUCIANO

¿Y en París?

JOAQUINITA

Tampoco.

LUCIANO

¿Y en Roma?

JOAQUINITA

¡Ojalá!

LUCIANO

¿Y en Venecia? ¿Y en Tánger? ¿Y en el Cairo? ¿Y en Constantinopla? ¡Oh! ¡el Bósforo! ¿Y en Buenos Aires? ¿Y en Montevideo? ¿Y en Santiago de Chile? ¿Y...?

Joaquinita, que ha ido haciendo un poco ruborosamente sucesivos signos negativos con la cabeza, decide detenerlo en su viaje por el mapa.

JOAQUINITA

Luciano... ¿No es su nombre Luciano?

LUCIANO

Para servir a usted.

JOAQUINITA

Pues bueno, Luciano; no le dé usted la vuelta al mundo: no se canse usted. Yo, aparte los veranos, que los paso en El Escorial...—¡oh! ¡los paseos en burro!...—no he estado más que un año en el Pilar de Zaragoza, y quince días en Albacete. Si no me ha conocido usted en esos sitios, puede usted jurar que esta noche me ve por vez primera.

LUCIANO

¡Adiós mi esperanza!

JOAQUINITA

Aunque también pudiera ser, Luciano... ¿Dónde oye usted misa?

LUCIANO

No; en misa es difícil...

JOAQUINITA

¿No va usted a misa, quizás?

LUCIANO

¿Cómo no? Pero voy *a misa, a misa;* no a

fijarme en las caras bonitas que haya en la iglesia.

JOAQUINITA

¡Hum!... Me queda la duda.

LUCIANO

Para duda, la mía, Joaquinita. ¡Torturadora ya!

Pausa. En el salón vuelve a sonar música para baile; pero ahora es un vals suave, acariciador, amoroso...

JOAQUINITA

Otra vez música allá dentro. Este es el vals que le he prometido a Pepín.

LUCIANO

¿A Pepín?

JOAQUINITA

Sí; no tardará en aparecer.

LUCIANO

¡Que baile solo! Pero esa música... ese vals... ¿Qué me recuerda a mí ese vals?

JOAQUINITA

¡Ave María, hijo! ¡Todo le recuerda a usted algo! ¡Y de nada se acuerda! ¡Coma usted rabitos de pasas!

LUCIANO

De esto sí que me acuerdo ya... Y acaso, acaso... Contemplándola embelesado. Sí, sí... eso es...

JOAQUINITA

¿Qué está usted pensando, por Dios?

LUCIANO

Eso es... eso es... Vida del espíritu... visiones del espíritu... seres y cosas del espíritu...

JOAQUINITA

Medrosa.

¡Ay! ¡Que venga Pepín!

LUCIANO

¿Se asusta usted de oirme? Tranquilícese usted; no estoy loco. Es que el recuerdo de esa música dulce ha hecho la luz en mi cerebro.

JOAQUINITA

¿Dónde la oyó usted?

LUCIANO

La primera vez en Andalucía... en un pueblecito. Era una noche de verano. Andaba yo sin objeto ni rumbo por las calles desiertas, saboreando mi soledad, tropezando cien veces, porque más miraba a la luna y a las estrellas que al suelo.

JOAQUINITA

Ya pareció la luna.

LUCIANO

¿Cómo?

JOAQUINITA

Siga usted.

LUCIANO

Al pasar por junto a unas tapias, me detuvo un fuerte, un intenso aroma de jazmines, que embalsamaba el aire. Empujé una puertecilla carcomida, que cedió fácilmente a mi impulso, y me hallé en un jardín humilde, embellecido por la noche, donde cantaba una fuente que yo no veía... Me acerqué a una ventana. Escuché. Dentro de la casa, en una habitación del piso alto, sonaba en un piano esa música...

JOAQUINITA

¿Esa misma?

LUCIANO

¡Esa!

JOAQUINITA

¡Qué raro!

LUCIANO

Pues bien: aquella suave melodía, la profun-

da soledad de la noche, el misterio de cuanto me rodeaba, embargaron mi espíritu. No sabía apartarme de aquel encantado lugar... Vagué por el jardín soñando... Volví de nuevo junto a la ventana. Allí había una mujer preciosa esperándome: era usted.

JOAQUINITA

¿Yo? ¡No!

LUCIANO

Sí: usted.

JOAQUINITA

¡Si yo no he estado nunca en Andalucía!

LUCIANO

Al día siguiente se rieron mis amigos de mí. El jardín de mi amor y de mi aventura era un jardín abandonado, y en la casa no vivía nadie, al decir de ellos.

JOAQUINITA

¿Ve usted?

LUCIANO

Pues, a pesar suyo, yo escuché allí al piano esa música deliciosa... y yo hablé aquella noche, en aquella ventana, con una mujer: con usted.

JOAQUINITA

¡Que no, hombre! ¡Eso es una leyenda!

LUCIANO

Y usted fué también la que otra noche misteriosa, rayando el alba ya, me llamó por mi nombre en el Gran Canal de Venecia...

JOAQUINITA

¡Jesús me valga!

LUCIANO

Mientras un gondolero tarareaba melancólicamente esas mismas notas que ahora oímos.

JOAQUINITA

¡Ave María Purísima!

LUCIANO

Entienda usted lo que significa esto que le digo, preciosa amiga mía. Ya se han disipado todas las nieblas de mi memoria, que me atormentaban. Ya sé quién es usted. Usted no me recuerda a ninguna persona existente... Pero esa mujer en quien se recrea nuestra alma en los años de la adolescencia; esa mujer a quien imaginamos hecha de sueños y de flores; esa mujer a quien adoramos sin verla, a quien llamamos sin saber dónde está, a quien tememos profanar

con sólo un pensamiento impuro, a quien nunca se ve ni se toca... esa mujer mía, Joaquinita, es usted.

JOAQUINITA

¿Yo?

LUCIANO

Usted. Esta noche se ha hecho ese milagro. Respiro. A ella es a quien usted me recuerda. Verá usted cómo, andando los días, a los tres o cuatro de tratarnos, usted misma me dice: «¿No es verdad que parece que nos conocemos de toda la vida?» ¡Y es verdad que nos conocíamos!

JOAQUINITA

Sólo que... que no estábamos presentados. *Perpleja.* Cuidado que Pepín me había dicho que era usted un romántico; pero ¡hijo mío!...

Lo mira con gran curiosidad.

LUCIANO

¿Le parezco a usted loco, extravagante?...

JOAQUINITA

Extravagante y loco; sí, señor. ¡Y en buen hora, no se figure usted!... Está una ya bastante harta de... ¡de todo lo contrario!

Llega desalado Pepín.

PEPÍN

¿Joaquinita?

JOAQUINITA

Hola, tú.

PEPÍN

Lo prometido es deuda.

JOAQUINITA

Sí...

PEPÍN

Aquí está mi brazo. ¿Vamos?

JOAQUINITA

Vamos...

PEPÍN

¡Bien han charlado ustedes! ¡Bien! Hombre, ¿y qué me ha dicho Castanedo: que estás trastornado porque no sabes a quién te recuerda Joaquinita?

LUCIANO

Lo he estado; pero ya sé a quién me recuerda.

PEPÍN

¿A la Argentinita?

LUCIANO

¡No, hombre!

PEPÍN

¿A la Cibeles?

LUCIANO

¡Pero Pepín! Tenía usted razón: es un majadero.

PEPÍN

Pues te fastidias, porque majadero y todo, me la llevo a bailar. Anda, Joaquinita.

JOAQUINITA

De mala gana.

Vamos allá, Pepín. *Con dulzura.* Hasta luego, Luciano.

LUCIANO

Hasta luego, amiguita mía.

JOAQUINITA

Había comprometido este vals... ¿Usted no baila?

LUCIANO

No.

JOAQUINITA

¿Ni aun con esa música?

LUCIANO

Menos que con ninguna, con ésa. Pero le pido a usted el primer palique entre baile y baile.

JOAQUINITA

Concedido... con mil amores.

Se marcha del brazo de Pepín, mirando al otro, que, a su vez, la mira alejarse.

LUCIANO

Con júbilo de enamorado.

¡Oh suerte! ¡Oh loca suerte, sin medida!
¡La vi soñando... y la encontré en la vida!

FIN

Madrid, Marzo 1916.

NANITA, NANA...

ENTREMÉS

PERSONAJES

MAGDALENA. SEÑOR LEANDRO.
MARÍA LUISA. JOSÉ.
EL SERENO.

NANITA, NANA...

Alcoba blanca y pobre, en casa de Magdalena, en Sevilla. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Al foro, hacia la derecha, una ventana que da a la calle, y cuyas vidrieras están cerradas. Junto a la ventana una cunita, donde duerme María Luisa. Varias sillas, una cómoda y una mesa. Sobre la cómoda un cuadro con alguna imagen de la Virgen, ante la cual arde una lamparilla.

Es de noche. Cerca de la ventana, en la calle, un farol encendido.

MAGDALENA

Acabando de cantarle la nana a María Luisa, que duerme.

. . . .

Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de mi ventana.

La arropa con mimo y cuidado.

Hija de mi arma: ya se quedó otra vez dormidita... ¡Qué presiosa eres! Dios te bendiga y te

dé más suerte que a tu madre, ánger mío. La besa. Con la cansión de la niña que se vuerve rosa, se queda siempre cuajaíta... La escucha embelesá. Como no se la cante no se duerme a gusto. Se sienta junto a la ventana y suspira. ¡Ea! ¡A esperá a esos bigardones ahora! Es mucho sino er mío: mi padre, borracho; por er vino se pierde: se pierde, y no parese en ocho días; mi madre, que no lo despresia tampoco; mi cuñao... que ¡vamos ayá!... y mi marío... que ve una caña y es capaz de cantarle una saeta. Y cuidao que es bueno. Porque José es bueno... Quitándole la bebía... quitándole er juego... quitándole er tabaco... y quitándole que pa dí a los toros empeña hasta la voz... es más bueno que er pan er pobresito. Lo que se dise en otras mujeres, no piensa é: eso lo tengo a orguyo. Pa mi José no hay más que su Madalena. Pué que sea porque no tiene tiempo... Mirando por los cristales a la calle. ¿A vé? ¿Viene ahí?... Se ve pasar al señor Leandro dando tumbos. No, no es José... ¡Es er gandulaso de mi papá!... Y me paese que viene como pa atravesá er río por sima un alambre.

Se va por la puerta de la derecha del actor, y a poco se la oye discutir dentro con el señor Leandro, que trae una borrachera como para tres o cuatro personas, y sobra vino.

SEÑOR LEANDRO

Saliendo con Magdalena y hablando a gritos.

¡Qué monserga de que me caye ni que me

caye! ¡Toas las noches hemos de tené la misma historia!

MAGDALENA

¡Chssss!

SEÑOR LEANDRO

¡No quiero! ¿No estoy en mi casa? ¿eh? ¿No soy er jefe de la casa? ¿eh? ¿No soy yo er que suerta la guita pa pagá la casa? ¿eh?

MAGDALENA

Sí, sí...

SEÑOR LEANDRO

Entonses, ¿a qué canastos me dises que me caye?

MAGDALENA

Porque está dormida la niña... y se va a despertá el angelito...

SEÑOR LEANDRO

¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAGDALENA

Pos paese mentira.

SEÑOR LEANDRO

¡Pos es verdá!... ¡Y esa niña es tuya porque

yo he querío!.. ¿te enteras?... porque yo me casé con tu madre!.. Y yo me casé con tu madre exclusivamente pa que tú vinieras ar mundo.. porque si no yega a sé pa eso... ¡qué canastos me había yo de casá con tu madre!

MAGDALENA

Bueno, sí; tienes mucha rasón... Caya y vete a la cama.

SEÑOR LEANDRO

¡Ahora sí me cayo! Chillando más que nunca. ¡Me cayo, porque se me pide por las buenas! Si no, ¡qué canastos había yo de cayarme! ¡Pero por las buenas me cayo! ¡me cayo! ¡ya lo creo que me cayo! ¡Leandro, a vé si te cayas!

MARÍA LUISA

¡Mamá! ¡mamá!

MAGDALENA

¿Ves? ¡Ya se ha despertao la pobresita!

SEÑOR LEANDRO

¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAGDALENA

Vas a dá lugá a que venga er sereno a los gritos.

SEÑOR LEANDRO

¡Que venga! ¡Soy su abuelo!

MAGDALENA

¿Der sereno también?

SEÑOR LEANDRO

¡Y de los Hércules de la Alamea! ¡Soy su abuelo! Y sobre to, ¿no estoy en mi casa? ¿eh?

MAGDALENA

Anda, anda pa dentro...

SEÑOR LEANDRO

¿No soy el amo de mi casa? ¿eh?

MAGDALENA

Anda, condenasión, anda ya...

Lo mete a empujones por la puerta de la izquierda.

MARÍA LUISA

¡Mamá! ¡mamaíta!

MAGDALENA

Ayá voy, hija mía, ayá voy.

MARÍA LUISA

¡Mamá!

MAGDALENA

Acercándosele y acariciándola.

Si estoy aquí, tontiya: no te asustes tú. Anda, duérmete, gloria. Vaya, a serrá los ojitos... Er que gritaba era el abuelo, que venía... con un amigo de confiansa. No te asustes. Ea, ea, a serrá los ojitos y a dormí: hasta mañana si Dios quiere. ¿Se va a dormí mi niña, verdá?—Está asustaíta, la pobre.—¿Qué quieres tú, reina, qué quieres tú? ¿Te canto otra vez la cansión de la niña que convirtió la Virgen en rosa porque le pegaba su madre? ¿Te la canto? ¿Se la canto a mi nena? *La niña asiente con la cabecita.* ¿Que sí? Pos vaya que sea: se la voy a cantá mejó que nunca. *Le da muchos besos.* ¡Si no te tengo más que a ti en er mundo!... *Canta.*

A una niña bonita
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!
Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,
vorvió a la niña rosa
de la ventana.
Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?

—

La buscaba su madre
con desconsuelo:

«¿Quién se yevó a mi niña,
Virgen der sielo?»
Y regando sus flores
una mañana,
le dió un beso a la rosa
de la ventana.
Y er beso dando,
de la rosa la niña
salió cantando.

—

La madre ar vé que un beso
se la vorvía,
besándole la cara
se yevó er día.
Y no vorvió a pegarle,
¡bendita eya!
a la niña bonita
como una estreya.
Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de mi ventana.

Contemplando a María Luisa.

Ya está dormidita. ¡Ay, ánger mío, lo que me hase cantá toas las noches! Voy a tomá una poquita e agua. Bebe de un vaso que hay encima de la cómoda. Dentro, en la calle, óyese poco después ruido de cristales rotos. ¡Jesús! Ya está ahí ése. Un faró menos. ¡Miste que la manera de yamá! Y mañana, naturarmente, vorverá er *guindiya*

der Juzgao. ¡Ay, qué pasensia hase farta, Dios mío, qué pasensia!

Vase por la puerta de la derecha. En seguida vuelve con José, que no digamos que trae una borrachera como la de su señor suegro, pero que no le faltan tres copas para igualarla.

JOSÉ

Con voz llorosa y triste.

¿Me perdonas, mujé? ¿me perdonas?

MAGDALENA

Habla bajo, que duerme la niña.

JOSÉ

¿Me perdonas?

MAGDALENA

Sí, te perdono, sí; pero ¿de ánde vienes de esa manera?

JOSÉ

De insurtá ar río, que está cresiendo una barbaridá. El agua en Seviya es la perdisión de los pobres.

MAGDALENA

¡Miá si er vino que bebes se te vorviera sá, pa que te yevaras un año seguío pidiendo agua!

JOSÉ

¡Agua no!

MAGDALENA

Agua, agua.

JOSÉ

¡Agua no, Madalena, agua no! ¡To lo que tú quieras menos agua!

MAGDALENA

Estás que te caes... Anda a dormirla pronto. ¿Pa qué demonios beberás?

JOSÉ

Mujé, porque al agua la tengo tirria; y descartando el agua, si no bebo vino, ¿qué vi a bebé? ¿aseite?

MAGDALENA

Pero ¿no me dijiste ayé que te matara si cogías otra borrachera, bribón?

JOSÉ

Sí, Madalena; pero acuérdate der sordao der cuento: esta no es otra; es la misma de ayé.

MAGDALENA

Tienes rasón, José, tienes rasón: anda pa dentro... anda... anda a acostarte.

JOSÉ

Pero ¿tú estás enfadá conmigo?

MAGDALENA

¡Qué disparate, hombre!

JOSÉ

Muy afligido.

¡Sí! ¡sí estás enfadá! ¡Si yo soy un mal esposo! ¡si soy un sinvergüensa! ¿Pa qué bebo yo, teniendo una mujé que es una santa?

MAGDALENA

Bueno, déjame a mí. Y caya, que se va a despertá la niña.

JOSÉ

¿Pa qué bebo yo, teniendo ahí ese cacho e gloria?

MAGDALENA

¿Quiés cayarte, José?

JOSÉ

Llorando.

¡No! ¡si yo me porto mu malamente con ustedes! Madalena, déjame que te convide esta noche.

MAGDALENA

No, no; muchas grasias.

JOSÉ

Anda; que a tí también te gusta tomá una copita de vez en cuando.

MAGDALENA

¿Quiés cayarte? Si a mí también me gustara bebé... esa criatura en vez de sé una niña sería una uva en aguardiente. ¡Anda a la cama, pirandón!

JOSÉ

Pos consiénteme que primero le dé un besito a mi pimpoyo.

MAGDALENA

¡En seguía! ¡Pa que la despiertes!

JOSÉ

No la despierto, no. ¡Soy su padre!

MAGDALENA

¡Vamos, hombre!

JOSÉ

¡Déjame, Madalena, déjame!

MAGDALENA

¡Jesús!

JOSÉ

Logrando al fin acercarse a María Luisa.

¡Hija e mi sangre, qué desgrasiá has nasío, con este padre que es un pirata! ¡que es un crimináł!

MAGDALENA

¡Jesús, Dios mío!

JOSÉ

¡Er patíbulo es poco pa el hombre que pisa una taberna! ¡Dios te libre, hija de mi arma, de un bebedó! Madalena, píele tú a la Virgen que le dé un marío boticario.

MAGDALENA

¿Boticario?

JOSÉ

¡Boticario! ¡Pa que lo arregle to con agua der poso!

MAGDALENA

¿Quiés acostarte ya? ¡No pararás hasta despertarla!

JOSÉ

Voy a darle er beso y me voy. ¡Adiós, pimpoyo mío! Al agacharse para besarla está a punto de caerse al suelo. La niña se despierta. ¡Toma, hija mía, toma!

MAGDALENA

Bueno está, José: vamos a la cama.

MARÍA LUISA

¡Mamá!

MAGDALENA

¿Ves tú? Ya la has despertao.

MARÍA LUISA

¡Mamá!

JOSÉ

¿Pa qué bebo yo? ¿Pa qué bebo? ¡Permita Dios que una copa de vino que tome se me güervan dos en er cuerpo, pa que me hagan daño! ¿Pa qué bebo yo?

MAGDALENA

Arsa, arsa pa dentro.

Lo empuja y lo mete por la puerta de la izquierda, como al otro.

MARÍA LUISA

¡Mamá!

MAGDALENA

Aquí estoy, corasón, aquí estoy. No tengas tú miedo. Era papá... que ha venío también con el amigo de toas las noches. Suspirando. ¡Es que ya me fartan las fuersas, Dios mío! Ahora mismo sierro er portón, y le digo ar sereno que como venga mi cuñao borracho lo yeve a la casiya. Asomándose a la ventana y llamando. ¡Juan! ¡Juan! ¡Sereno! A la niña. Espérate un momentito, arma mía: ya vuervo a tu lao. Al sereno, que aparece tras la ventana. Oiga usté, sereno.

SERENO

Dejando chicos a los otros.

¡Benditas sean las mujeres que pelan la pava con er sereno!

MAGDALENA

¿Eh?

SERENO

¿Quiere usté que le cante la hora, reina de la caye?

MAGDALENA

¡Jesús! ¡Pero si está más borracho que los otros dos juntos!

SERENO

Es una vez al año, Mardalena. Onse de Febrero: proclamasión de la república. ¿Le canto a usté *La Marseyesa?*

MAGDALENA

Cerrando las puertas de la ventana de un golpe.

¡Cántesela usté a su mujé, si no se la está cantando otro! ¿Habráse visto? ¡Ay, Virgen mía, tú que lo puedes to, haz que este año, en vez de uvas nazcan dátiles en las viñas, pa que ni a martiyasos suerten jugo! Volviendo al lado de la niña. Aquí estoy otra vez, corasón. Siempre a tu cabesera. Esos borrachones a despertarte, y

yo a cantarte cuantas veses lo quieras tú la cansión de la niña que se vorvió rosa.

Suspira y principia a cantar.

A una niña bonita
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!
Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,
vorvió a la niña rosa
de la ventana.
Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?...

El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN

Madrid, Febrero 1907.

SANGRE GORDA

ENTREMÉS

PERSONAJES

CANDELITA. SANTIAGO.

SANGRE GORDA

Habitación en casa de Candelita, linda costurera de Arenales del Río. Una puerta a la izquierda y otra a la derecha. Al foro una ventana sin reja, que da a un patio lleno de luz. Pocos muebles. Entre ellos una máquina de coser, un costurero y un bastidor para bordar.

Candelita, sentada cerca de la ventana, cose y canta a la vez, desasosegada y nerviosa. Ella es una pólvora, como suele decirse, y se halla, además, en un momento crítico de su corazón.

CANDELITA

«Grande pena es la de un siego
que no ve por dónde va,
pero mayor es la mía,
que no sé tu voluntá.»

¡Por vía der merengue! ¡Ya cosí una manga ar revés! Suelta la costura y se levanta sofocadísima. Señó, si no es posible; si no tengo la cabesa en la costura. ¡Ay, que condenasión de hombres!...

¿Dónde he echao mi abanico? ¿Dónde he echao mi abanico? Aquí está. Se abanica con furia. Como San Lorenso voy yo a morí por ese *sangre gorda* de Santiago: ¡achicharrá! ¡Jesú, qué sofoco! Soplo y caliento el aire. Pasea unos momentos rabiosa y como dándose razones a sí misma. Mira, Candelita, vamos a cosé, que te tiene más cuenta. Vuelve a sentarse a ello. Digo, a descosé; porque ahora tengo que descosé esta manga. Lo hace de un tirón. Por poquito la rompo. Y luego, pague usté la tela... ¡Mar fin tengan los hombres!...

Cantando como antes.

«Grande pena es la de un siego
que no ve por dónde va...»

Se levanta repentinamente de un salto.

¡Ea, que no coso! ¡que no coso y que no coso! ¡Si no pueo cosé! ¡Si por las uñas me está saliendo elertrisidá!... ¡Ay! Pasea, se sienta, se levanta, se abanica y no está un punto quieta. ¡Ay! Es que se dise muy pronto, señó: dos años. ¡Dos años! Se dise muy pronto: dos años. Ya está: ¡dos años! Enero, er carnavá, la cuaresma, la Semana Santa, la primavera, er verano, los baños en er río, la vendimia y las sambombas de Nochebuena. ¡Dos años! Y empiese usté otra vez con enero y acabe usté con er Niño Dios. ¡Dos años! Se dise muy pronto: ¡dos años! Dos años viniendo a mi casa día por día ese plomo de hombre, gustándole yo—porque sé que le gusto,—gus-

tándome é—porque eso es lo más malo, que ér me gusta,—y sin haberme dicho toavía: «Candelita... arrímese usté a mí, que vi a ensendé un sigarro.» ¡Ay, qué sangre más gorda le ha dao su Divina Majestá! En to Arenales der Río no se encuentra otro. ¿Qué habré yo hecho, pa que Dios me castigue de esta manera? ¡Yo, que soy una tira de triquitraques, enamorá de un hombre que hasta en apagá un fósforo echa tiempo! ¡Y no hay más que hasé así! Sopla con vehemencia. Y ya está apagao. Por supuesto, que se acabaron los rodeos. De hoy no pasa que aclaremos la situasión. O me dise sus intensiones, o le digo que me está perjudicando y que no güerva. ¡Que no güerva!... Si ahí está la dificurtá: que yo quiero que güerva... ¡Por vía der merengue!... Siéntase otra vez a coser. De tos modos: no lo sufro más. ¡Yo no voy a pasarme la juventú aguantando a ese chinche! De hoy no pasa; no pasa.

Canta de nuevo.

«Dos vereítas iguales:
¡cuár de las dos cogeré!
Si cojo la de mi gusto,
mi perdisión ha de sé.»

Ahí viene ya. Ya siento sus andares. Pa echá una pierna le píe permiso a la otra... y no se lo da toas las veses. ¡Jesú!

SANTIAGO

Dentro.

¿Ze pué pazá?

CANDELITA

Adelante. Pausa. ¡Adelante! Nueva pausa. Levantándose y abriendo la puerta de la izquierda. Pero ¿se ha muerto usté?

Sale Santiago.

SANTIAGO

Me estaba escondiendo... Güenos días. Me estaba escondiendo las correíyas de las botas. Como zé que a usté no le gusta que ze me vean...

CANDELITA

¿Y no ha tenío usté tiempo en toa la mañana pa esconderse las correíyas?

SANTIAGO

Tené tiempo, zí he tenío tiempo; zino que no me he acordao hasta er momento mesmo en que pregunté zi ze podía pazá. ¡Las cozas e la memoria, que vaya usté a entenderla!

CANDELITA

Reprimiendo la primera fresca del día.

Güeno; siéntese usté, si quiere, que estará usté cansao del ejersisio.

Se sienta ella.—Santiago es un mozo del pue-

blo, pulido y simpático, pero despacioso de lengua, de movimientos y ademanes hasta la desesperación.

SANTIAGO

Ahora me zentaré. Antes vi a dejá er zombrero en otra ziya.

Va a dejarlo, en efecto, y previamente sacude el asiento con el pañuelo.

CANDELITA

No se mancha; no tenga usté cuidao.

SANTIAGO

Es la costumbre der café.

CANDELITA

Ya.

SANTIAGO

¿Zu papá de usté, está güeno?

CANDELITA

Está güeno; grasias.

SANTIAGO

¿Y zu mamá de usté, está güena?

CANDELITA

Atajando el padrón.

Está güena toa la familia.

SANTIAGO

¿La hermanita, güena también?

CANDELITA

¿No le digo a usté que toa la familia?

SANTIAGO

¿Y tito Juan?

CANDELITA

¡Tito Juan es hermano de mi madre!

SANTIAGO

Pero ¿está güeno?

CANDELITA

¡Ay!

SANTIAGO

¿Qué le paza a usté?

CANDELITA

Nada.

SANTIGOA

Vi a zentarme ya.

Acerca una silla a la de Candelita y le sacude el asiento, como a la otra.

CANDELITA

¡La costumbre der café!

SANTIAGO

Ezo mesmo.

CANDELITA

Si no fuera usté ar café, perdería la dichosa costumbre.

SANTIAGO

Poco va a durá. Porque vengo notando hace doz años que er café me ercita.

CANDELITA

¡Sí! ¡Si lo que le conviene a usté es sarsaparriya, pa refrescá la sangre!

SANTIAGO

¡Je! Ha tenío usté zalero. ¡Lo que me gusta a mí hablá con usté, Candelita!

CANDELITA

¿Ah, sí? ¡También lo vengo yo notando hase dos años!

SANTIAGO

¡Je! Y es curiozo esto. Ar principio nos hacían la tertulia zu papá de usté, zu mamá de usté, zu hermanita de usté y er tito Juan de usté. Pero primero er papá, que zu carpintería; luego la mamá, que los quejaceres de zu caza; después er tito Juan, que no ze haya a gusto más que ju-

gando ar tute, y por fin la hermanita, que zi laz amigas, que zi qué zé yo qué... Totá: que noz han dejao zolos a usté y a mí.

CANDELITA

Pos tenga usté cuidao no se quee usté solo der to.

SANTIAGO

¿Es que va usté a zalí quizás?

CANDELITA

¡Por peteneras!

SANTIAGO

¡Je! Ziempre de guazita.

CANDELITA

¡Siempre!

SANTIAGO

Pero ¿de veras va usté a zalí?

CANDELITA

Sí, señó: a entregá una farda.

SANTIAGO

¿A qué hora?

CANDELITA

¿Qué hora es?

SANTIAGO

¿Hora? Verá usté. Yo arranqué de mi caza a laz diez y cuarto. De mi caza ar café, que está ayí a la vera, diez minutos. Totá: las diez y veinticinco. Tomé café con leche... y una copita. Totá: laz once menos cuarto. Fuí a la bodega de don Rufino: laz once menos diez. Discutí con é zi ze zurfatan las viñas o zi no ze zurfatan: laz once y cinco...

CANDELITA

Estallando.

Pero, arma mía, ¿no tiene usté reló?

SANTIAGO

Tengo reló; zino que me gusta carculá la hora en el aire.

CANDELITA

¡Es que mientras usté la carcula suena er de la iglesia!

SANTIAGO

Mejón zi zuena; porque entonces pongo bien er mío.

CANDELITA

¿Y qué hora tiene usté en er suyo?

SANTIAGO

Después de sacar el reloj y de aplicárselo al oído.

¿Por la iglezia o por la estación?

CANDELITA

Levantándose.

¡Por er demonio que se lo yeve a usté! Deme usté er reló. Se lo quita de la mano, lo mira y se lo devuelve furiosa. ¡Las dose menos cuarto! ¡Ya salimos de dudas! ¡Jesú con el hombre!

SANTIAGO

¡Qué viva de genio ez usté!

CANDELITA

No, hijo mío; es que no pué aguantarse que yeve usté reló y pierda tanto tiempo carculando las horas.

SANTIAGO

¿Y a que no zabe usté por qué lo hago? To tiene zu porqué. Por zi argún día ze me orvía er reló. Como me acuesto a oscuras toas las noches, por zi arguna vez ze me orvían los fósforos.

CANDELITA

¿Y por qué no prueba usté a andá de prisa un día, por si arguna vez se le orvía andá despasio?

SANTIAGO

No ze me orvía, no. Ezo va con mi naturá. Yo zargo a mi padre.

CANDELITA

Ah, ¿de manera que es herensia? ¿No tiene arreglo?

SANTIAGO

Ni farta. Er pobrecito de mi padre me lo decía: «Er que anda apriza ez er que trompieza. Déjate dí espacito. Espacito, espacito...»

CANDELITA

¡Pos sí que está usté bien educao!

Se sienta.

SANTIAGO

¡Que zi lo estoy! Mi padre era un hombre de mucha cencia. No abría la boca zi no era pa zortá una márzima. En fin, nació pobre lo mesmo que el hambre, y me dejó los piaciyos e tierra que tengo... Na más una pena ze yevó al otro mundo.

CANDELITA

¿Cuá?

SANTIAGO

No habé podío darme una carrera.

CANDELITA

¡A usté no le da una *carrera* ni su padre ni toa su casta!

SANTIAGO

¡Je! En er zentío del estudio, Candelita. Yo empecé a estudiá.

CANDELITA

¿Pa qué?

SANTIAGO

Pa er telégrafo.

CANDELITA

Soltando la risa.

¿Pa er telégrafo usté? ¡Ja, ja, ja!

SANTIAGO

Pa er telégrafo; no ze ría usté; pa er telégrafo.

CANDELITA

Volviendo a levantarse.

¡Vamos, hombre! Hiso usté bien en no seguí. ¡Primero que los partes de usté yegaban toas las cartas! ¡Aunque las yevaran andando!

SANTIAGO

¡Qué viva de genio ez usté!

CANDELITA

También es herensia.

SANTIAGO

¿Zí?

CANDELITA

Sí, señó.

Pausa. Santiago la mira embelesado. Ella, alentando alguna esperanza de que el hombre se anime y rompa de una vez, lo estimula con miraditas zalameras.

SANTIAGO

Ziempre ha de está usté con la riza en los labios.

CANDELITA

Siempre, no.

SANTIAGO

Delante *mía* por lo menos.

CANDELITA

Eso es otra cosa. To tiene su porqué, como ha dicho usté antes.

SANTIAGO

¿Zí?

CANDELITA

Ya se ve que sí... ¡mala persona!

SANTIAGO

¡Mala perzona dice!... ¡mala perzona!... ¡Je!

Nueva pausa. Candelita lo mira fijamente. Él la mira también, pero sin darse clara cuenta de la intención que

ella pone en sus ojos. Al fin exclama: ¡Qué gracia tiene cuando dos ze yevan un rato azí como nozotros, na más e mirándoze, zin decirse na y como zi ze dijeran argo!... Ezo paza mucho.

CANDELITA

Desesperada.

¡Mucho pasa! ¡Mucho!

SANTIAGO

Levantándose.

¿Me deja usté que me fume un pitiyo?

CANDELITA

¡Fúmese usté aunque sea un cohete!

SANTIAGO

Zi le incomoda a usté, no fumo.

CANDELITA

¿A mí incomodarme? ¡Ya pué usté fumá hasta que se le acabe er resueyo!

SANTIAGO

¿Pero qué bicho le ha picao a usté de pronto?

CANDELITA

¡Que no encuentro un oviyo... que estoy buscando hase dos años!

SANTIAGO

¡Vaya una cozal No es pa zofocarze de eza manera. Se asoma a la ventana y se distrae en soplar despaciosamente el humo del cigarro. Miste, miste cómo ze va el humito.

CANDELITA

(¡Ay! ¡Yo no puedo más! ¡Yo tiro por la caye de en medio!)

Se sienta.

SANTIAGO

¿Zale de aquí zeñó Frasquito, er de la Zambrana?

CANDELITA

De aquí sale.

SANTIAGO

A la cuenta de hablá con zu papá de usté.

CANDELITA

De hablá con mi papá, sí, señó.

SANTIAGO

Zon mu amigos.

CANDELITA

Muy amigos. Y ahora tratan de sé argo más. Como señó Frasquito tiene un hijo moso...

SANTIAGO

¡Ah, zí!... Juan María. Mu zimpático.

CANDELITA

¿Verdá que lo es?

SANTIAGO

Mu zimpático, y mu formalito... y de lo mejón que hay en Arenales.

CANDELITA

¡Vaya! Me alegro de que piense usté así.

SANTIAGO

¿Le gusta quizás zu hermanita de usté?

CANDELITA

No, señó.

Se señala ella.

SANTIAGO

¿Cómo? Candelita vuelve a señalarse, sonriendo. ¿Qué?

CANDELITA

¡Que le gusto yo!

SANTIAGO

Asombrado.

¿Que le gusta usté?

CANDELITA

¡Sí, hijo mío! ¡Que le gusto yo! ¿No pueo yo gustarle a la gente? ¡Ni que fuera yo er león der correo de Córdoba, que dise mi papá que es lo más feo que ha visto en er mundo!

SANTIAGO

Pero ¿usté ha hablao arguna vez con Juan María?

CANDELITA

¡Muchas veses! ¿No ve usté que somos vesinos?

SANTIAGO

Guazitas ahora no. Digo que zi ha hablao usté con é de estos particulares.

CANDELITA

¡Ya lo creo!

SANTIAGO

¿Cuándo?

CANDELITA

De estos particulares, anoche mismo.

SANTIAGO

¿Anoche?

CANDELITA

Anoche.

SANTIAGO

¿A qué hora?

CANDELITA

¿Hora? Verá usté. *Remedándolo con mala sangre.* Yo acabé de comé... serían las ocho. Sí: las ocho eran; recuerdo que dieron las Ánimas. Estuve luego de palique con Mariquita la de aquí ar lao. Totá: las ocho y diez. Después vino er periódico y le leí a mi papá la sesión de susesos. Totá: las ocho y veinte. En seguía entró usté... y charlamos como de costumbre. Totá: las diez y media. Se fué usté...

SANTIAGO

¿Pero ze guazea usté, Candelita?

CANDELITA

No, señó: ¡echo las cuentas en el aire, por si argún día se me orvía er relól

SANTIAGO

Es que a mí me corre priza zabé...

CANDELITA

Es usté muy vivo de genio. Espasito, espasito... que er que anda aprisa es er que tropiesa,

como le enseñó a usté er talento de su papá. ¡Qué talento de hombre! ¡Oh!

SANTIAGO

Vamos, vamos... Oigame usté en zerio.

CANDELITA

¿Qué pasa?

SANTIAGO

Paza... paza... Haga usté er favó de zentarze a mi lao.

CANDELITA

¡Digo!

Lleva una silla junto a la de Santiago, busca tranquilamente un trapo cualquiera, dando lugar a la extrañeza y a la impaciencia de él, y acaba por sacudir el asiento con sorna.

SANTIAGO

¿Qué hace usté, niña?

CANDELITA

¡La costumbre der café! To se pega.

SANTIAGO

¿No le he dicho a usté que me oiga en zerio?

CANDELITA

Pero ¿quién se ríe?

SANTIAGO

Usté por dentro, Candelita.

CANDELITA

Ea, pos ya me tiene usté como un juez, por dentro y por fuera.

SANTIAGO

¿Es verdá ezo de que usté le gusta a Juan María?

CANDELITA

Cruse usté la caye y pregúnteselo usté a é, ya que, por lo visto, es un fenómeno que yo puea gustarle a ese hombre.

SANTIAGO

¿Y es verdá que Juan María le gusta a usté?

CANDELITA

Sí, señó, que me gusta.

SANTIAGO

¿Que le gusta a usté?

CANDELITA

¡Que me gusta, Santiago, que me gusta! ¿Y sabe usté por qué me gusta? ¡Porque tiene sangre en las venas en vez de manteca colorá! ¡Porque si me ve a la puerta e mi casa, se aserca a

mí y me dise veintisinco flores en un minuto! Se levanta para hacer a lo vivo la escena. «¡Grasiosa! ¡bonita! ¡carita de sielo! ¡boquita de mié! ¡cuerpesito de pluma, que echas a andá y hasta las farolas de la caye se ensienden solas pa alumbrarte! ¡benditos sean los ojos con que me estás mirando! ¡y la boca con que te ríes de mí! ¡y la manita con que me paras pa que no me aserque! ¡y la camita donde vas a acostarte pa soñá conmigo!... ¡y bendita seas tú de arriba a abajo!» ¡Y esto me lo dise con fuego en los ojos, y en las palabras, y hasta en la punta de los pelos; como les disen los hombres las cosas a las mujeres que quién pa eyos, no como dise usté si se surfatan o no se surfatan las viñas! ¡Sangre gorda! ¡Ya tiene usté explicao porlo que me gusta ese hombre!

Vuelve a sentarse, pero lejos de él.

SANTIAGO

Aplanado por la revelación.

¡Güeno está! Me ha dejado usté zin temperatura. ¿Es decí que de na me ha zervío a mí vení a esta caza desde hace doz años, un día tras de otro, zin fartá ninguno?

CANDELITA

El único que ha ganao ha sío er siyero.

SANTIAGO

Deje usté las guazitas.

CANDELITA

Si es que no entiendo lo que quié usté desirme.

SANTIAGO

Un poco emocionado.

Zeñó, que de na me ha zervío vení a zu caza tos los días... pa que usté comprenda que la quiero.

CANDELITA

Fingiendo gran sorpresa, tras un movimiento de alegría.

¿Que usté me quiere a mí?

SANTIAGO

¡Pero zi estoy viniendo tos los días!

CANDELITA

¡Hijo de mi arma, también er de las burras de leche viene tos los días a dejá un cuartiyo pa mi madre, y hasta ahora no sé yo lo que le parezco!

SANTIAGO

¿Va usté a compará una coza con otra?

CANDELITA

Pero ¿usté me ha dicho arguna vez que le gusto?

SANTIAGO

Yo... yo... ¡yo estoy viniendo desde hace doz años tos los días!

CANDELITA

¿Y pensaba usté seguí lo mismo?

SANTIAGO

¡Claro! Hasta vé...

CANDELITA

¿Hasta vé qué?

SANTIAGO

Hasta vé... hasta vé...

CANDELITA

¡Hasta vé si yo le tiraba er costurero a la cabesa!

Se levanta.

SANTIAGO

¡Ez usté mu viva de genio!

CANDELITA

Muy viva. Y usté no perdía na con cambiá er suyo con un amigo.

SANTIAGO

Yo hago to lo que usté me mande.

CANDELITA

¿A que no?

SANTIAGO

¿A que zí?

CANDELITA

En tono de burla.

Pos ahora cuando sarga usté, busca usté a mi papá, se aserca usté a é... y le da usté la enhoragüena.

SANTIAGO

Con recelo.

¿La enhoragüena? ¿Por qué?

CANDELITA

Porque ha sabío usté... que Juan María... se entiende con mi hermana Dolores.

SANTIAGO

¿Pero es con Dolores con quien ze entiende Juan María?

CANDELITA

¡Naturarmente, arma de cántaro!

SANTIAGO

Loco de contento.

¡Hombre!... ¡hombre!... ¡me güerve la temperatura! Y ezo ¿cuándo ha zío? ¿Cómo ha zío?

CÁNDELITA

¿Cómo había de sé? ¡Como son esas cosas! Le gustó er domingo, se lo dijo er lunes, y se quié casá er martes.

SANTIAGO

Mu de priza va ezo... ¡pero me güerve la temperatura!

CANDELITA

¿Sí, eh? Pos mucho ojo, y no dé usté lugá a que se le vaya otra vez pa siempre.

SANTIAGO

¡Yo zeguiré viniendo tos los días!

CANDELITA

Aterrada.

¿Quéeeee?

SANTIAGO

Temeroso.

¿Va usté a prohibirme vení?

CANDELITA

Lo que le digo a usté es una cosa: que si he de quererlo, tiene usté que tomá una medisina pa aclararse la sangre. Las mársimas der sabio de su papá se las guarda usté pa un librito. Mañana,

a las sinco de la mañana, voy a la ermita de la Luz a resarle a la Virgen: es devosión que tengo er día 13; a la siete voy a la Plasa a vé si hay flores; si no las hay ayí, voy ar güerto de Pepa; luego voy ar río, a pasearme por la oriya; después a casa de Manuela Romero, que tiene una chiquiya mala; después a misa a San Francisco; después aquí a amorsá; me asomaré durante el armuerso a la ventana de la caye Larga, ar barcón que da a la caye Corta y a la asotea por er pretí desde donde se ve la Plasuela; después de amorsá voy a casa de la Garbosa a entregarle una farda, a casa de doña Réditos a entregarle una blusa, y a casa de don Andrés a vé si me paga lo que me debe. Y después a la confitería, y después a comprá unos encajes, y después a recogé unos sapatos nuevos... y después donde se me ocurra. Pos güeno: en tos esos sitios quiero verlo a usté ar yegá y al irme. Santiago se levanta asombrado. Y si farta usté en uno solo, voy yo a tardá en desirle a usté si lo quiero lo que usté ha tardao en desírmelo a mí. Conque hasta mañana si Dios quiere.

Vase resueltamente hacia la puerta de la derecha.

SANTIAGO

¡Pero escuche usté, Candelita!...

CANDELITA

Hasta mañana si Dios quiere.

SANTIAGO

¡Pero comprenda usté que en tres cayes a un tiempo!...

CANDELITA

¡Así se demuestra er cariño! ¡Hasta mañana si Dios quiere!

Éntrase decidida por la puerta de la derecha, dejándolo con la palabra en la boca.

SANTIAGO

Hasta mañana zi Dios quiere... Zí; porque de pazao... yo no respondo de está vivo. Conforme der to en que yo tome una medicina pa aclararme la zangre; pero conforme der to también en que eya necezita echarle un poquiyo e jierro a la zuya. ¡Compadre, qué zangre más ligera gasta la niña! En fin, lo prencipá ya lo he lograo. Mi padre me lo dijo ziempre: «En er zurco hay que derramá er grano a poquito a poco...» Hasta mañana zi Dios quiere.

Vase por la puerta de la izquierda, mirando hacia la otra.

CANDELITA

Saliendo por donde se fué.

¡Ay! ¡Ha nesesitao banderiyas e fuego... pero ya esto es vivi! Se asoma a la ventana muy contenta. ¡Hasta mañana, Santiago!

SANTIAGO

Dentro.

¡Zi Dios quiere, Candelita, zi Dios quiere!

CANDELITA

Retirándose de la ventana.

Sí querrá. ¿Por qué no ha de queré, si los dos queremos?

Al público.

La que quiera como yo,
sepa que yo le deseo
un novio de lo mejó;
torpe o listo, guapo o feo,
¡pero *sangre gorda* no!

FIN

Madrid, Abril 1909.

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

JOSEFINA. CLARA.
RAMÓN.

LO QUE TÚ QUIERAS

Gabinete elegante en casa de Ramón, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Sobre una mesita, un aparato de teléfono. Es de noche. Luces.

Suena insistentemente el timbre del teléfono. A poco sale por la puerta de la derecha Ramón en traje de casa. Es hombre de mediana edad, contento de la vida.

RAMÓN

Hablando por el aparato.

¿Quién? ¿Quién es? ¿Quién me llama?—¡Ah! ¡Federico!—Bien, gracias, ¿y tú?—¿Y Aurora?—No, no salimos esta noche; podéis venir. Quería Finita que fuéramos a la Princesa; pero nos quedamos en casa.—A pesar del abono. Ya te explicaré.—No, no; no es cosa de salud... Es que no quiero encontrarme allí con un sujeto... Telesforo, ¿sabes?...—¡Justamente! Muy quedo. Me espera con el sable afilado. ¡Y no tiene gracia! Bajo la voz para que no se entere la Central.—

Ja, ja, ja! Así como así, yo celebro con este motivo acostarme temprano. Figúrate: como mañana tenemos que madrugar para la cacería...—¡Claro! Adiós. A los pies de Aurora. Deja el aparato. ¿Qué iba yo a hacer cuando llamó éste? Ah, sí. ¿Diego?

Se retira por donde vino.

Un momento después sale por la puerta de la izquierda Josefina, la dulce esposa de Ramón, llamada comúnmente Finita. Viste un elegante traje de teatro.

JOSEFINA

¿Con quién hablaría Ramón por teléfono? Esos amigotes de la Peña y del Club no lo dejan. ¡Dichosas cacerías! Tanta pena como me dan a mí los animalitos... Y lo nerviosa que me ponen los disparos de armas de fuego. Estremeciéndose. ¡Uf! Le avisaremos a Encarnita. Toca el timbre del aparato telefónico y se dispone a hablar. ¿Central? ¿Central? Salamanca, 96. Hágame el favor. Deja el aparato, y va indolentemente a la puerta de la derecha. Desde ella mira al interior y dice con malicia diabólica. Me parece que Ramón se ha puesto el batín y las zapatillas. Vuelve al aparato llamada por el timbre que suena. ¿Es la casa de los señores de Garrido?—Bien; pues dígale usted a la señorita Encarna, de parte mía, de la señora de Suárez, que no deje de ir a la Princesa, que necesito verla allí esta noche.—Sí, sí; habrá recibido una esquela en que le digo que nos quedaremos en casa; pero luego he podido convencer al señor,

y por fin vamos al teatro. Dígaselo así a la señorita; que no falte.—Adiós.

Deja el aparato y vuelve a pasear indolentemente, tarareando una cancioncilla cualquiera.

Aparece en esto Ramón por la misma puerta que antes, y al ver a su esposa tan emperejilada, se queda de una pieza.

RAMÓN

¡Chica!

JOSEFINA

¿Qué? ¿Te parezco muy guapa?

RAMÓN

No...

JOSEFINA

¿Cómo que no?

RAMÓN

Sí, muy guapa; pero no es eso.

JOSEFINA

Pues ¿qué es, que has puesto esa cara de asombro?

RAMÓN

Que me sorprende verte vestida.

JOSEFINA

¿Iba a andar desnuda por la casa, Ramón?

RAMÓN

Medio desnuda vas, no te creas; porque el escotito...

JOSEFINA

Ah, ¿lo encuentras muy exagerado? No... La moda pícara. Pero si quieres me pondré una flor aquí en medio.

RAMÓN

No discutamos el escote ahora. ¿Por qué te has vestido, si nos vamos a quedar aquí?

JOSEFINA

¿Que nos vamos a quedar aquí?

RAMÓN

Sulfurándose.

Pero ¿te haces de nuevas, y de sobremesa lo convinimos?

JOSEFINA

No te enfades, Moncito; no te enfades.

RAMÓN

¡Adiós mi dinero!

JOSEFINA

¿Qué?

RAMÓN

¡Que me llamas Moncito!

JOSEFINA

¿Y qué?

RAMÓN

¡Que cuando me llamas Moncito y no Ramón!... ¡Le temo más a un Moncito tuyo!... ¡Pobre Moncito! Yo me entiendo.

Pasea.

JOSEFINA

¡Ay, Moncito, qué pronto te enfurruñas! Y no estoy yo para desplantes esta noche. ¡Me ha puesto más nerviosa el café!...

RAMÓN

Y a mí va a ponerme, Finita.

JOSEFINA

¿A tí? ¡Si tú no lo has tomado!

RAMÓN

¡El que has tomado tú!

JOSEFINA

Ah, ya... ¡Qué manera más delicada de decirme que sientes conmigo!

RAMÓN

¿Cómo no?

JOSEFINA

Ea, pues vamos a ver si nos explicamos. Empezando porque yo no he de hacer más que lo que tú quieras... Ramón la mira. Lo que tú quieras, lo que tú quieras. Yo entendí que tú, por no sé qué causa, preferías ir a otro teatro en vez de ir a la Princesa; pero que no saliéramos, no lo he entendido ni un instante. Vuelve a mirarla él. Nada, nada; ni un solo instante; no me eches esos ojos

RAMÓN

Está bien, Finita, está bien; será que hablo yo en griego y que oigo en chino; porque tú, después de mis razones, me has dicho que lo que yo quisiera, y que no saldríamos, y que nos quedaríamos encantados los dos, y que tú te alegrabas porque yo tenía que madrugar...

JOSEFINA

¿Sí, eh? ¿Yo he dicho todo eso? ¡Si seré distraída!... Y después de decir todo eso me he vestido para el teatro... ¡Si seré distraída!... ¡Lo que es la costumbre de los miércoles!

RAMÓN

No; no es la costumbre de los miércoles; porque la costumbre de los miércoles es que cenes ya vestida, pimpollo.

JOSEFINA

O que me vista luego; según. Decía yo lo de la costumbre de los miércoles, porque no sé qué le sucede a una que no piensa más que en el teatro cuando llega la hora, y parece como que todo la empuja al teatro. Pero, en fin, no hay que hablar más de ello. Yo no estaba en mí cuando te dije eso que tú dices que te dije de sobremesa...

RAMÓN

Eso que me dijiste.

JOSEFINA

Lo que tú quieras; eso que te dije y que yo no recuerdo. Yo no estaba en mí; pero no hay más que hablar del asunto: nos quedamos, ya que tu gusto es ese.

RAMÓN

Mi gusto, no, Finita.

JOSEFINA

Lo que sea, tonto.

RAMÓN

Lo que sea, no; lo que es.

JOSEFINA

¡Pues lo que es! ¿Y se puede saber lo que es? No te sofoques, hombre. ¡Qué poquísimo aguante te ha dado Dios! Vamos a ver: ¿qué es? ¿Por qué no quieres llevarme a la Princesa esta noche, y prefieres que nos aburramos en casa? Entérame ya de una vez de ese tremendo obstáculo que impide—porque debe de ser tremendo—no te rasques—, de ese tremendo obstáculo que impide, sin justificación ninguna—no te pasees—, de ese tremendo obstáculo que impide que esta noche vayamos a la Princesa. No soples. Ramón sopla más. ¡No soples!

RAMÓN

Si no soplo, sorbo. ¡Algo necesito hacer con el aire!

JOSEFINA

¡Jesús! ¿Me habré casado con Eolo y no lo sabía? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN

Procurando reprimir sus nervios y hablar con calma.

Mira, Finita: te he repetido lo menos siete veces...

JOSEFINA

Y una más, ocho.

RAMÓN

No me interrumpas.

JOSEFINA

Perdona, Moncito.

RAMÓN

Ni me llames Moncito.

JOSEFINA

¿No me llamas tú a mí Finita?

RAMÓN

¡Bueno! Te he repetido siete veces...

JOSEFINA

Y ésta, ocho...

RAMÓN

Que un amigo mío, un buen amigo mío, que se juega hasta las pestañas, me aguarda esta noche en el teatro para darme un sablazo de cinco mil pesetas, con que salir de una deuda grave que tiene. Ya me ha dado varios, y no estoy por hacerle el juego más tiempo; pero me cuesta una violencia enorme decírselo a él cara a cara. Lo veo, se me aflige, se me echa a llorar, me invoca

la amistad de nuestros padres, que fueron como hermanos, y me saca las cinco mil pesetas. ¡Y no quiero, hija mía! ¿Hay o no hay razón para que nos quedemos esta noche sin el teatro, aunque sea miércoles?

JOSEFINA

Psché...

RAMÓN

¿Ah, psché?...

JOSEFINA

Sí... psché... En rigor, no la hay.

RAMÓN

¿Que no la hay? Pero ¿tú te figuras que yo soy Rothschild?

JOSEFINA

No; pero te caes de bobo, *Ra*-moncito. ¿Has oído el *Ra?*

RAMÓN

Sí, sí; lo he oído todo, *Jo*-se-finita.

JOSEFINA

Te caes de bobo. ¿No comprendes tú que ese amigo, que te conoce el flaco, te perseguirá a todos lados hasta sacarte las cinco mil pesetas?

RAMÓN

¡Quia! Es un caso urgente. Buscará esta noche otra víctima. Y yo mañana por la mañana me voy de caza.

JOSEFINA

¡Ay, los animalitos! No les hagas mucho daño, Ramón.

RAMÓN

Descuida. ¿Conque tengo o no tengo razón, amor mío?

JOSEFINA

Sí, sí; bien pensado... ahora que me entero... Porque lo que es antes no me enteré. Y que, aunque fuera un absurdo, un desatino, ¿qué importa? Es tu voluntad, es tu capricho, es tu mandato... ¿A qué estoy yo más que a hacer lo que quieras tú, lo que tú quieras?

RAMÓN

Me alegro de que seas tan razonable.

JOSEFINA

Ahora, que nos quedamos en casa con una condición.

RAMÓN

Tú dirás.

JOSEFINA

Ni gramófono, ni pianola.

RAMÓN

Bien.

JOSEFINA

Ni me has de leer los fondos de los periódicos.

RAMÓN

Conformes.

JOSEFINA

Estoy harta de frases: «¡Hacia la ruina!» «Inmoralidad y moralidad.» «¡Ellos y nosotros!» «¡El abismo a los pies!» Oye, qué feas son esas zapatillas.

RAMÓN

Tú me las compraste.

JOSEFINA

De día. Y con la luz artificial toman un color que subleva.

RAMÓN

¡Ay, ay, ay!

JOSEFINA

¿Qué hay?

RAMÓN

¡Nada! ¡El abismo a los pies!

JOSEFINA

¡Quítate ahora mismo esas zapatillas, por Dios!

RAMÓN

¿Y tú, no te quitas ya el traje ese?

JOSEFINA

Primero tú las zapatillas.

RAMÓN

Anda, mujer, no seas machacona. Vístete de casa, y bajaremos un ratito al entresuelo.

JOSEFINA

Como picada de una avispa.

¿Al entresuelo?

RAMÓN

Sí.

JOSEFINA

¿Al entresuelo? ¡No, Ramoncito, no! ¡Eso sí que no! ¡Llévame a cualquier parte, si te has arrepentido de dejarme aquí; pero no me lleves al entresuelo!

RAMÓN

Basta, Finita; se acabó. No he dicho nada del entresuelo.

JOSEFINA

No, no se acabó; no se acabó, porque te conozco.

RAMÓN

¡Sí se acabó!

JOSEFINA

¡No se acabó!

RAMÓN

¡Pues no se acabó!

JOSEFINA

Me llevas a un *cine*, me llevas a un café, me llevas a cualquier teatrucho; me llevas a la Plaza de Oriente, a coger frío: al entresuelo, no.

RAMÓN

Pero si yo no tengo empeño, muchacha...

JOSEFINA

¡Es que aunque lo tuvieras! ¡Qué familia! ¡Qué gente!

RAMÓN

¡Dale, bola!

JOSEFINA

Me carga el padre, me carga la madre, me carga la suegra, me cargan las niñas, me cargan los muebles, me cargan los cuadros, me cargan los timbres... ¡No soples!

RAMÓN

¿Te vas a acatarrar?

JOSEFINA

¡No soples! Y, en fin, decidamos una cosa u otra. ¿Qué hacemos? Discurre algo, hombre de Dios. No te hagas la víctima inocente. Estás como un tomate; parece que te va a dar una congestión de un momento a otro...

RAMÓN

¡Y no es lo malo que lo parezca, sino que me dé!

JOSEFINA

No me asustes, Moncito. Anda, no seas malo. Discurre algo para pasar la noche. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

RAMÓN

¿Lo que yo quiera?

JOSEFINA

Como siempre.

RAMÓN

Ya lo veo; sí. Pues si has de hacer lo que yo quiera, cámbiate de traje ahora mismo.

JOSEFINA

Después de mirarle las zapatillas.

Lo que tú quieras. ¿Cuál me pongo?

RAMÓN

El que más te agrade.

JOSEFINA

No, no; el que tú quieras.

RAMÓN

Pues el azul con los botones encarnados.

JOSEFINA

Te has ido a estrellar en el azul, que está en el tinte.

RAMÓN

¡Mire usted por dónde!... Pues ponte el otro: el verde con los botones negros.

JOSEFINA

También está en el tinte. ¿Es desgracia?

RAMÓN

¡Caray! ¿Cuál no está en el tinte?

JOSEFINA

Ninguno más.

RAMÓN

Pues ponte uno cualquiera de los otros.

JOSEFINA

¿Te gusta el morado?

RAMÓN

¿El morado? Mira: es el que más me va esta noche. Póntelo.

JOSEFINA

Como tú quieras. Ahora mismo. Vendré con el traje morado, y luego haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras y lo que tú quieras.

Desde la puerta de la izquierda le sopla un beso, y se va después.

RAMÓN

¡Ay, Moncito!... ¡Moncito!... ¡Moncito!...

Por la puerta frontera llega Clara con los periódicos de la noche.

CLARA

Señor: los periódicos.

RAMÓN

Déjelos ahí. Y vaya usted al tocador de la señora, que se va a mudar de vestido.

CLARA

¿No van los señores al teatro?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Que no?

RAMÓN

¡Que no!

CLARA

¿Se ha puesto mala la señora?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Y el señor?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Que no?

RAMÓN

¡Que no! Ande usted a lo que le he dicho.

A una mirada de ella a sus pies. ¿Tampoco le gustan a usted las zapatillas?

CLARA

Yo no he abierto mis labios, señor; pero ya que el señor me lo pregunta, sepa el señor que todo lo contrario: que me tienen enamorada. ¡Como que le pienso comprar unas iguales a mi Saturnino!

RAMÓN

¿Ah, sí? ¡Pues yo le regalaré a usted éstas... y todos contentos!

CLARA

Muchísimas gracias.

RAMÓN

No hay de qué. Vaya usted, vaya usted ya con la señora.

CLARA

¿Despido el coche, entonces?

RAMÓN

Sí.

CLARA

¡Pobre señora! ¡Qué contrariedad!

RAMÓN

¡No es cuenta de usted!

CLARA

Hablaba para mí, señor.

RAMÓN

Pues otra vez hable usted más bajo.

CLARA

Perdone el señor.

Vase por la puerta de la izquierda.

RAMÓN

¡Qué mujer más simple! Compadezco al heredero de mis zapatillas. ¡Y Finita hechizada con sus simplezas! Coge los periódicos y ojea los fondos. «¡Pobre España!» «¡Prevaricación e hipocresía!» No soples, Moncito. «El cráter del volcán.» ¡Vaya! Que no los vea siquiera, porque volveremos a empezar, y ya parece que ha pasado la nube.

Los oculta. Vuelve Josefina. Trae puesto, sobre el traje que se llevó, un abrigo adecuado y un adorno en el pelo.

JOSEFINA

Chico, no me decido a desnudarme: me voy a enfriar.

RAMÓN

Desesperado, considerando perdida la batalla.

¡Oh!

JOSEFINA

La dichosa calefacción de mi departamento no existe. O está descompuesta.

RAMÓN

¡Y te has puesto eso en la cabeza para abrigarte!

JOSEFINA

Ah, ¿me he puesto...? ¡Pero qué distraída soy!... Chico, allí dentro no se puede parar... Mi tocador es una nevera.

RAMÓN

Sí; pero supongo que hará menos frío que en la Plaza de Oriente, adonde querías que te llevase...

JOSEFINA

Que me llevases a dar un paseo; no a mudarme de ropa. Cuando te pones así no sabes lo que dices.

RAMÓN

¡No!

JOSEFINA

¿Te has incomodado?

RAMÓN

¡Quiá!

JOSEFINA

Pues tienes las orejas rojas como pimientos.

RAMÓN

¡Las mandaré al tinte también!

JOSEFINA

¡Ay, qué chusco! Ahora me has hecho gracia, Moncito.

RAMÓN

¡Como que yo los miércoles tengo mucha gracia!

JOSEFINA

¡Los miércoles, dice! ¡Pues sí que tienes gracia!

RAMÓN

¡A raudales!

Pausa. Se sientan los dos rumiando su monólogo. Se miran luego. Atraviesa la escena Clara, contemplándolos. Muy sonriente, se atreve al cabo a preguntar.

CLARA

¿Despido o no despido el coche?

JOSEFINA

¡Claro que sí! ¿No le ha mandado a usted el señor despedirlo? ¡Aquí no se hace más que lo que el señor manda!

CLARA

Está bien.

Vase por la puerta de la derecha.

JOSEFINA

¿Hay mujer más entrometida? Si no me la hubiese recomendado tu hermana Gloria, ya la habría plantado en la calle.

RAMÓN

Ah, pues si no es más que por eso, plántala. Yo hablaré con Gloria.

JOSEFINA

Sí; con el genio que tiene... ¡En seguida me busco yo un disgusto de familia por una cosa así!

RAMÓN

Tú eres muy sensata.

Pausa. Cada uno tararea una musiquilla.

JOSEFINA

Taratarí, taratarí...

RAMÓN

Taratará, taratará...

JOSEFINA

¿Te aburres?

RAMÓN

No.

JOSEFINA

Yo, sí.

RAMÓN

Lo siento. Ya no te distraes a mi lado.

JOSEFINA

No creo que estés haciendo juegos malabares para distraerme.

RAMÓN

No.

JOSEFINA

Nos acostaremos tempranito, como en los pueblos.

RAMÓN

Sí.

JOSEFINA

¿Sí?

RAMÓN

Sí. ¿Qué hora será?

JOSEFINA

La que tú quieras.

RAMÓN

Muy amable.

Nueva pausa.

JOSEFINA

La verdad es que por aburrida que sea la obra de la Princesa... ¿Tú tienes la seguridad de que va ese amigo tuyo esta noche?

RAMÓN

¡Absoluta!

JOSEFINA

¿Quién te lo ha dicho?

RAMÓN

¡El bolsillo, en primer lugar! Sobre que es abonado, nena.

JOSEFINA

¿No lo eres tú y no vas, nene? Yo creo que ese hombre, en todo caso, al llegar al teatro a primera hora y no verte allí, se ha marchado a ver si da contigo en otra parte. O es una urgencia, o no. Como que estoy tentada de pensar que a estas horas en ningún sitio puedes estar tú más seguro de que no te encuentre que en la Princesa. Ramón se levanta de un salto. ¿Adónde vas? Ya te he dicho que discos, no.

RAMÓN

¡Pues aplícate el cuento, mi vida!

Pasea muy nervioso.

JOSEFINA

¡Qué bien te sacó el sastre el último frac! Te favorece mucho al cuerpo... ¿Qué haces con los brazos?

RAMÓN

¡Gimnasia sueca!

JOSEFINA

¡Ja, ja, ja! Como reflexionando. Verdaderamente que es una lástima. Porque la comedia que nos dan está noche dicen que es preciosa. ¡Y que está puesta con un lujo!... ¡Unos trajes, unas decoraciones!... ¿Has leído en el periódico que hoy van los reyes? Y la piececilla del final creo que es para morirse de risa...

RAMÓN

En casa, ¿hay sinapismos?

JOSEFINA

¿Lo preguntas por mí?

RAMÓN

¡Lo pregunto porque los voy a necesitar!

JOSEFINA

¡Ay, qué gracia! Sí que tienes gracia los miércoles, Moncito.

RAMÓN

¡Hoy debe de ser martes, 13!

JOSEFINA

Por cierto que estoy en Belén. Tengo que telefonearle a Encarnita que no me espere; que no vamos a la Princesa.

RAMÓN

Ya ella lo habrá advertido.

JOSEFINA

¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté a estas horas en su casa? Pues esto sí que es grave: ¡el susto que se va a llevar, habiéndole yo dicho que iré sin falta, cuando se encuentre nuestro palco vacío! ¡Jesús, Jesús! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Con la imaginación que tiene esa criatura! Lo menos que piensa es que hemos chocado en el automóvil y que nos hemos hecho astillas. ¡Jesús, Jesús! ¡Tan delicada de los nervios como está la pobre!... ¡Jesús, Jesús! ¡Qué responsabilidad para nosotros!

RAMÓN

Estallando.

¡Basta, Finita; basta ya!

JOSEFINA

¿Qué?

RAMÓN

¡Basta ya! Se acerca a la puerta de la derecha y llama con voz estentórea. ¡Diego!

JOSEFINA

¿Eh?

RAMÓN

¡Diego!

JOSEFINA

No des voces, hombre.

RAMÓN

Más fuerte aún.

¡Diego! ¡Sácame el frac, y la camisa, y los calcetines, y los zapatos!

JOSEFINA

Pero ¿te vas a vestir, Moncito?

RAMÓN

¡Naturalmente!

JOSEFINA

¿Para qué?

RAMÓN

¡Para ir a la Princesa contigo, paloma!

JOSEFINA

¿Vamos a ir, por fin, a la Princesa? ¿Ya no le temes a tu amigo?

RAMÓN

¡Te temo mucho más a tí! ¿No comprendes, Finita, que si nos quedamos en casa voy a tener el recuerdito de esta escena adorable hasta el día de mi muerte, que será algunos años antes que la tuya?

JOSEFINA

Poco a poco, Moncito; poco a poco. Alharacas y supercherías, no. Yo soy muy pacífica y muy clara. Si me llevas a la Princesa, es por tu gusto; porque quieres tú.

RAMÓN

Pero ¿cómo ha de discutirse eso? ¿Hay más que haber oído nuestra conversación? Vamos a la Princesa porque yo quiero, nada más; ¡nada más que porque yo quiero!

JOSEFINA

Cabalito.

RAMÓN

Tengo ahora mismo una viva satisfacción en ponerme ese frac que me hace tan buen cuerpo; y como ya se habrá ido nuestro coche, es para mí un placer indefinible tomar un pesetero, donde podemos coger desde una pulga hasta las viruelas. Además, llegar tarde al teatro y enterarme a medias, me colma las medidas del gusto; y si en el teatro me pesca el amigo de marras, que me pescará, y tengo que darle las cinco mil pesetas, mi placer tocará en lo voluptuoso. ¿Puede dudar nadie de que vamos a la Princesa porque quiero yo? Voy a vestirme sin perder un minuto. ¿Qué botonadura me pongo?

JOSEFINA

¡La que tú quieras!

RAMÓN

¡Encantado!

Vase por la puerta de la derecha, por no ahogar a Finita.

JOSEFINA

¡Ay!... Durillo de pelar estaba... Pero lo pelé.

Por la misma puerta de la derecha vuelve Clara, con cara de satisfacción. Se queda mirando a Josefina.

¿Qué? ¿Por fin no despidió usted el coche? Clara niega con la cabeza, sin dejar de sonreirse. Ha hecho usted muy bien.

CLARA

¿No ve la señora que una ya conoce la casa? Desde el primer momento comprendí yo que el señor había de empeñarse en llevar a la señora al teatro.

JOSEFINA

¡Y lo ha conseguido! Tráigame usted mi bolso.

CLARA

Al instante.

Vase por la puerta de la izquierda saboreando su triunfo.

JOSEFINA

¡Ay!...

Los hombres, ya corderos o ya fieras,
harán siempre, mujer, lo que tú quieras.

FIN

Madrid, Marzo 1917.

INDICE

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gen-

te.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reir.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*.—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done *(Puebla de las Mujeres)*, por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*.—Die Blumen *(Las flores)*.—Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*.—Lebenslust *(El genio alegre)*, por el DR. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por FRANZISKA BECKER y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. BORZIA.
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.
Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos *(Puebla de las Mujeres)*.—Malvaloca, por JOAO SOLER.
Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).
A Dama Branca *(Doña Clarines)*, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine *(Mañana de sol)*, por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.
Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.
By their words ye shall know them *(Hablando se entiende la gente)*, por JOHN GARRETT UNDERHILL.



